Crítica Magazine

AÑO II — BUENOS AIRES, Lúnes 31 de Enero de 1927 — No. 12



EL GRAN PREMIO NACIONAL DE 1927

Ante una numerosa y entusiasta concurrencia, se realiza en Morón, la largada de la gran carrera automovilística por el Gran Premio Nacional de 1927. (Apunte de Parpagnoli).

De la Nueva y Vieja Escuela Footbalística

DE JORGE BROWN A BIDOGLIO

por SIR BLADER

CUANDO alguna vez se me ocurre discutir, para matar el tiempo, con deportistas de esos que han llegado a la edad de la segunda conscripción, sobre los valores del football antiguo y del actual, me convenzo de que, o yo no sé un pepino del popular deporte, o que la gente antigua vive del recuerdo histórico que diviniza muchas veces a los mediocres.

¡No sea bárbaro! —me suelen decir algunas veces. ¿Cómo va a comparar a Ochoíta con Alfredo o Eliseo Brown? ¿Cómo se va a discutir entre Laforia y Tesorieri? ¿Cómo puede decirse que Rancing, Independiente o B. Juniors, sea mejor que el Alumni? Eso es profanar las glorias de nuestro mejor football.

Y la tienen con la profanación y con las glorias pasadas. Y se agarran de los triunfos de Alumni y de la fama de los Brown, de Watson Hutton, de Viale, de Laforia y de todos aquellos que en sus tiempos entusiasmaron a la muchachada argentina que no podía ser muy versada en football, por ser éste de reciente implantación en nuestro país.

Alumni, en realidad, fué un gran equipo, un equipo formidable, pero, en sus tiempos. En los tiempos en que recién se comenzaba a jugar aquí. En los tiempos en que los jugadores se improvisaban de la mañana a la noche y que había notabilidades que habían aprendido a manejar la pelota en la conscripción... Alumni ganaba campeonatos tras campeonato y claro que tenía que apasionar a la afición que veía en ese conjunto a los maestros de verdad, que habían sido discípulos del importador del football, el padre del popular Watson Hutton Alumni podía ser un buen equipo y hasta un gran equipo, porque los muchachos de Alumni, durante su época de estudiantes, ha



bían recibido sabias lecciones del popular deporte en el "English High School". Porque habían aprendido juntos y habían jugado siempre juntos. P el Alumni no tenía rivales de consideración. Todos los equipos existentes, estaban formados por jugadores que salvo contadas excepciones, de grandulones habían comenzado a patear la pelota y que jugaban al tun-tun, sin la menor noción de táctica, más que la que sus propios medios hubieran podido descubrir en el equipo de Alumni.

En la actualidad, si se presentase el equipo de Alumni frente a Rancing, Independiente, Boca Juniors, River Plate, Huracán o cualquier otro de los buenos equipos del momento, haría un papelón ridículo. Por más Laforias que tuviese en el arco y por más Brawns que figurarán en el cuadro, su buena tanda de goals se llevaría. No iba a ser Alfredo Brown, ni Eliseo, ni Watson Hutton, quien de 40 o 50 metros hiciese un goal a Tesorieri, Isusi, Korcin, Iribarne o Ceresetto. Esos "golazos" se hacían antes, en esas épocas de Alumni, cuando el único arquero de la plaza era Laforia, o también Carlos Brown, que se lucía en ese puesto, gracias a la barrera que le constituían los de la defensa del equipo.

La escuela antigua triunfó hasta el advenimiento de Racing. Este fué el equipo que supo asimilar la verdadera técnica del football —no la técnica moderna— que nos enseñaron los grandes cuadros de profesionales británicos que nos visitaron y Racing fué el que, practicándola, derribó a cuantas glorias existían aún en ese entonces.

No existe, para mí, escuela moderna, como muchos quieren sostenerlo.

El juego de Racing, precisista, cuya base es la combinación corta y la colocación inteligente de los jugadores, factores éstos que necesitan la trabazón absoluta del conjunto, es el perfeccionamiento del "modo" del Alumni. Ni más ni menos: el perfeccionamiento. Y cuando una cosa se perfecciona, adelanta, progresa, gana y se supera. Así el juego del Alumni, perfeccionado por Racing —lo tomo a Racing por ejemplo, por haber sido éste el primer equipo de la "nueva táctica"— debe considerarse inferior al actual. Alumni jugaba a base de pases largos, colocándose sus hombres a buena distancia uno del otro. Vaya a practicarse hoy ese juego y se verá que los que así lo hagan, no pescan una pelota en todo un partido.

Si Alumni existiese hoy, habría tenido que amoldarse a la "nueva táctica", vale decir, habría tenido que perfeccionarse y una vez perfeccionado, con la "calidad" individual de los jugadores que poseía, puede ser que pudiera competir con los grandes equipos actuales.

¿Qué es lo qué los profesionales británicos que vinieron en los últimos tiempos, elogiaron más de nuestro football?

La picardía criolla. Eso es lo que le faltaba al Alumni y eso es lo que sobra ahora en nuestro football y que ha sido el motivo del triunfo de los uruguayos en la última olimpíada internacional.

¿Cuando un Alfredo Brown iba a hacer en una cancha las "fantasías" de que es capaz Ochoíta? ¿Cuándo iba a existir en los tiempos de Alumni, un centre-half como Olazar? ¿Cuándo podía verse un formidable wing derecho como Calomino? ¿Y cuándo iba a encontrarse un fullback como Bidoglio?

Jorge Brown, como back, ha sido una maravilla y es Jorge Brown, el jugador que más fama tuvo en la época aquella. Y Jorge Brown no fué más ni mejor que Bidoglio. Si hiciésemos un paralelo, meditado serenamente, veríamos que resultaría exacto entre los dos. Hasta el estilo de Jorge Brown, era igual al de Bidoglio. El jugador sereno, limpio, suave como una dama, siempre bien colocado, que no recibe las grandes ovaciones del público porque no es espectacular en su juego y porque no hace rechazos de esos que hacían llegar la pelota a las nubes sino que siempre coloca la pelota a los pies del compañero. Hasta la forma de pararse en la cancha era igual, idéntica: el pecho saliente, con el cuerpo recto, la cabeza fija



Y si Jorge Brown que es la culminación de la excelencia entre los jugadores de los otros tiempos, no tiene superioridad sobre los de la actualidad, no podemos pensar que el football antiguo pudo haber sido mejor que el de ahora.

Lo que hay en todo esto es una confusión lamentable. La cantidad excesiva de jugadores de primera división, es lo que hace ver y creer que el football de ahora es malo. Pero, no miremos así no más las cosas. Detengámosnos en observar con más detalles y comprobaremos que entre los 600 jugadores de primera división, tenemos 300 sobresalientes y que en condiciones individuales no tendrían nada que envidiar a los mejores de los tiempos idos. Hagamos una selección de entre esos 300, como era selección el equipo de Alumni entre todos los jugadores de esa época, y nos resultará un cuadro sin discusión posible, superior a aquel en muchas veces.

Y que no me vengan a decir a mí que los "pasatistas" del football, eran mejores que los de la "nueva sensibilidad". En football, como en literatura, yo sigo creyendo que lo mejor, es aquello que contenga más valores, sea ello de la era más valores, sea la actualidad.

Pero, lo cierto es que en los tiempos de Alumni, ningún profesional británico del Southampton o del South Africa, pudo haber dicho como dijo el famoso vasco Belaustegoitía, que debió haber visto mucho football en su vida, ante el juego endiablado de Calomino:

—¡Vaya, pues, con el hombre éste, sí! ¡Qué hace que tira el balón p' alante y que lo deja p'atrás y que lo vuelve p'alante y que ar final lo marea a uno que no sabe p'aonde dirigirse a buscarlo, pues! ¡Cualquiera le va a ganar a estos diabólicos balonistas, así...!

Y es eso, no más. La picardía criolla que se impone, sola, sin castigar.

LA MISMA

SI, es aquí —me digo—; el aviso está claro. "Se da pensión a caballero sólo. Sarmiento 1700..." Y emprendo la ascensión por una escalera de mármol que bien puede conducirme a un rincón apacible y seguro. Y subo, subo. Los escalones son muchos. Hay un rellano y, después, otro. Por fin me detengo ante el enigma de una recia puerta cerrada. Después, oprimo suavemente el botón de una campanilla y espero.

A poco, se oye el blando ruido de unas zapatillas que vienen y es un ser anguloso el que, entreabriendo la puerta, pone ante mi espíritu de observación la rubicundez de una nariz insolente. Los ojos que brillan sobre aquella nariz me miran con cautela el sombrero, la cara, el traje, el calzado, en lento examen de arriba abajo. Después el rostro inquisitorial insinúa una tranquilizadora sonrisa llena de dientes... La puerta se abre francamente y la mujer a quien pertenecen la nariz y los ojos posiblemente la dentadura, me invita a pasar adelante con un amplio gesto.

—¿Es aquí, señora? —digo yo, incoando el interrogatorio.

—Pase, pase usted.

Y yo paso. La señora se desliza tácitamente por un corredorcito y yo me quedo solo en el "hall", que es recinto penumbroso y pequeño donde el mecanismo de un viejo reloj martilla sobre la caja sonora de una mesa dorada, pompowa y cursi como la tontería de una edad sin carácter.

II

Ha pasado un minuto, dos, tres, cuatro... Y me he puesto a observar los dibujos de la descolorida alfombrita. Aquella "joya" parecía haber sido pisoteada por todos los patanes del mundo. Después he mirado a mi alrededor... Y he visto el retrato de un buen señor con tremenda cara de cómico. Esa cabeza — me he dicho — está pidiendo la pluma de un amplio chambergo. En esos ojos están todas las vanidades de la farándula... Y ¿quién me dice a mí que ese hombre es un cómico? Ese hombre..."

Luego he mirado la venustidad de una mujer opulenta medio desvanecida entre las cuatro chapas de un marquito de plata. Es un retrato sin dedicatoria ni fecha... Y ha sido que el recuerdo de una seductora mujer ha salido de un ancho espacio de sombras. Sí, sí; la imagen que miro es la de aquella mujer perversa o pueril que no envejeció en una sola línea cuando aquel pobre hombre — la necesaria víctima de la eterna Manon — se despeinó de un tiro la triste cabeza con que no supo arreglar los terribles errores de un cajero sin suerte.

Y, al lado de ese, he visto otro retrato que ha venido a confirmar mis sospechas. La cara que veo —una linda carita pícara, de puro contorno oval, de ojos llameantes y de boca riente— es la de Adela Campos, la misma que perturbó mi corazón en los líricos días en que las frutas de la vida tenían para mí un sabor nuevo.

Ella dice:

—Mire, señor; va a tener pieza a la calle, agua caliente, libertad absoluta, paz completa. En la pieza de al lado vive el señor Robert, un inglés del Pacífico que no habla con nadie. Todos los huéspedes son personas correctas: el señor Robert; don Atilio, el de "El guipur superfino"; el rengo Roqué...

Yo no digo nada. El descubrimiento me tiene absorto, mudo, perplejo. Tengo la seguridad de que la cabecita que sonríe en el retrato es aquella que paseó por el mundo las cantáridas del eterno "couplet", la que todos aplaudían en la promiscuidad de "aquel" "music-hall", la que yo aplaudía enamorado al verla salir a escena con su traje de luces, la que me inspiró un soneto. a Friné y la que habla ahora de agua caliente, de libertad y de unos hombres a quienes no he visto nunca.

Y digo que sí, que ya volveré, que... Y le doy la mano al andrógino que me habla, y desciendo por la larga escalera de obscuros rellanos y salgo a la calle sediento de claridad y de aire. Y digo en voz alta mientras camino como un sonámbulo: "No, no, yo no vuelvo. ¿Para qué volvería? Para destruir la enojosa realidad de esa casa. Esa mujer rompería a escobazos el esmalte de una mariposa voltaria. No, no; quédese la ilusión con sus nimbos de oro. Quiero seguir dudando... Así, al menos, no me reiré de mí mismo cuando, al evocar mi primera salida a los llanos del mundo, piense en la vampiresa que no envejeció en una línea cuando aquel hombre castigó en su persona al cajero de aquel gran escándalo'.

MANUEL AZNAR

DE COMO PEDRO HERREROS LOGRO AGOTAR 5.000 EJEMPLARES DE SU LIBRO "POESIA PURA"

Pedro Herreros ha transitado por los patios trágicos de las casas de vidrios opacos, por los cafetines turbios y los bodegones humosos y sombríos que respiran un olor a alcohol y a comida trasnochada. Su alma. nunca torturada en el cepo de una ambición mezquina, ensobró muchos amaneceres porteños y su bolsillo exhausto, fué la caja de hierro donde el poeta almacenara un enorme caudal de chirolitas del Sol

PEDRO Herreros, el autor de "Buenos Aires grotesco y otros motivos", "Las trompas de Falopio" y "Poemas egotistas" es uno de los corazones nobles, que laten emociones en medio de la indiferencia de la ciudad.

Pedro Herreros, el poeta sin un cobre, ha transitado con su enorme caudal de sentimientos, por los patios desolados y trágicos de las casas de vidrios opacos, donde teje su aburrimiento la mujer jubilada por la mala vida; por los cafetines turbios y los bodegones humosos, que alivian un fracaso con un vaso de vino, esos bodegones sombríos emproados en las esquinas ciudadanas, que repiran un olor a alcohol y a comida trasnochada.

Pedro Herreros gastó las suelas de sus zapatos en un caminoteo lunático por las calles de la urbe.

Su alma, nunca torturada en el cepo de una ambición mezquina ,ensobró muchos amaneceres porteños, y su bolsillo exhausto fué la caja de hierro donde el poeta almacenara puñados de chirolitas de sol.

Pedro Herreros es un hombre bondadoso y triste. Bondadoso, porque ama a los niños que quedan en las plazas — manos cordiales de Buenos Aires — y que le recuerdan su infancia triste con esa profunda tristeza de los alejados del hogar, con esa honda melancolía de los inmigrantes que arriban a puertos distintos con una angustia antigua y un recuerda anclado en el corazón.

Pedro Herreros es un hombre humilde, bondadoso y triste... Bondadoso y humilde, a pesar de la amargura que le depara la vida, y a pesar de las zanjas que encontró el poeta, en la calle sin alegría de su juventud.

Su bondad y su humildad, se reflejan en este bello poema:

REVELACIONES

La yerba me dicta a mí
una lección de humildad.
La lección de libertad
me la enseña el colibrí.

El nido que yo amo tanto
me da su lección de amor.
Y el maestro ruiseñor
me da su lección de canto.

Mi alma, en la alondra, advierte
el destino del aeda.
La hoja que muere y rueda
me da su lección de muerte.

Sensación de eternidad
me da el agua en su fluir.
Y hay que vivir y morir
en olor de santidad.

"Mi pobre corazón, está por empezar a sollozar"—

Pedro Herreros tiene una tragedia. La tragedia del hombre bueno que arrastró por los fondines su tristeza de desahuciado del hogar.

Toda la tragedia del poeta, se puede sintetizar en este breve cartel:

"Pieza para hombre solo"—

Pedro Herreros... ¡Si habrá rumiado desventuras en aquella histórica buhardilla de la calle Méjico!

¡Si habrá embaulado rabia, dolor sordo, al retornar a su cuchitril, después de haber bebido un pocillo de líquido negruzco — el mismo líquido que intovisados "Crainquevilles sin carrito", apenas consiguieron salvar la ropa.

Pedro Herreros, fracasado corredor de tricotas y Crainquevixicó a Balzac — en el neblinoso Café de la Puñalada.

Pero Pedro Herreros olvida sus indignaciones, porque ama a la Naturaleza hasta la exaltación,

Pedro Herreros el poeta humilde, bondadoso y triste

Es un Huysmans poeta, que sufre en silencio en la orilla izquierda del Sena de su miseria. Es un Huysmans que sabe "del amor a tanto la sesión; de los alimentos falsificados de los restaurants baratos, de la ropa mal lavada, del tedio del domingo"... Es un Huysmans poeta, sin veneno, sin odios, bueno en palabras y en acciones. Un Huysmans sin ese viejo rencor que el genial novelista le guardaba a la vida.

Cuando siente más dolorosamente la angustia de vivir solo y pobre Pedro Herreros ensaya un alarde humorístico, y nos dice:

"Año Nuevo. Rotas
las medias y las botas".

Pero, sangra amargura su corazón, y llora sobre la blancura del papel:

Año Nuevo. Empiezo cosiendo el
(pantalón.
Triste manera da empezar.
¡Mi pobre corazón! ¡Mi pobre
(corazón!
¡Está por empezar a sollozar!

Corredor de tricotas y luego... Crainqueville—

El poeta necesita con urgencia trabajar para vivir, y como no tiene rentas ni cátedras, ni empleo nacional, ni amigos políticos que se lo proporcionen desinteresadamente, recurre al corretaje de tricotas.

por

E. González Tuñón

No puede canjear un poema por un almuerzo y vende tricotas, para darse el lujo de almorzar todos los días. Pero, fracasa en su nuevo empleo. Fracasa, porque la comisión es tan pequeña, que apenas le alcanza para los gastos de tranvía.

Entonces, como se niega a ser presidiario de un escritorio, porque le duele perder el sol y el aire, resuelve constituir una razón social con el periodista Celestino Fernández, para la explotación de un puesto de papas en una feria franca.

Nosotros asistimos a la inauguración. Fué un verdadero acontecimiento.

Juan de Dios Filiberto colocó con su "armonium" la piedra fundamental de un tango porteño y actuaron de dependientes los amigos artistas de los dueños del barquito comercial. Riganelli y Mariani batieron el record en la venta de papas.

Pocos días después, como el negocio iba a pura pérdida, el barquito naufragó, y los improlle, se hizo periodista. Y fué en CRITICA compañero nuestro.

Después...

El problema de las ediciones—

Editar un libro en Buenos Aires, es todo un problema. La gente lee revistas, diarios, programas de cine. Pero no lee ni compra libros. Ni aun aquellos escritores consagrados por su obra y por la crítica, pueden explotar el mercado literario.

Ser editor en Buenos Aires, es un mal negocio. Y peor aun ser editor de los libros que uno escribe.

Un poeta decreta la prisión de sus necesidades más perentorias para ahorrar 500 pesos, con los cuales pagará al impresor el importe de quinientos o mil libros. Pocas son las librerías que aceptan la mercadería nacional en consignación. Y las que admiten los libros, guardan el envoltorio en el último rincón de la estantería.

Esto le ocurrió a Pedro Herreros, y les ocurre a todos los escritores que editan por su cuenta y riesgo.

Una idea luminosa—

Julio Conde es un gran amigo del poeta Pedro Herreros. Y es poeta también. Poeta y comerciante. Ha logrado mandar las musas con Mercurio. Y en ese matrimonio no existen las divergencias conyugales que malhumoraron la vida de Trifón.

Bueno. Decíamos que Julio Conde es poeta y comerciante, y agregamos ahora que, sobre todo, es un gran muchacho.

De su cerebro preocupado de versos y de operaciones aritméticas, brotó esta idea luminosa que comentamos.

Se acercaban las fiestas de agonía del año mil novecientos veintiséis, y meditando en el objeto que la casa comercial regalaría a su clientela, Conde pensó con loable acierto, que una verdadera joya sería un libro de versos. Y le comunicó su proyecto a Pedro Herreros.

Se agotaron cinco mil ejemplares de "Poesía Pura"—

Entusiasmado con la idea de su amigo Julio Conde, el poeta Pedro Herreros le entregó su libro "Poesía pura", que juzgara CRITICA elogiosamente en su sección bibliográfica.

Se hicieron cinco mil ejemplares para regalar a cada comprador que se resolviera a gastar, por lo menos, cinco pesos en puntillas y encajes.

Tres días después de haber sido puesta en práctica la iniciativa de Julio Conde, el tiraje había disminuido notablemente.

El libro "Poesía pura", de Pedro Herreros, "esmeradamente presentado", como suelen decir en un colega amigo de la mañana, lleva el siguiente colofón:

"Esta primera edición de cinco mil ejemplares de "Poesía pura", fué hecha a costa de la puntillería "La Ciudad de Bruselas", Suipacha 240, Buenos Aires".

El proyecto de Julio Conde debe ser explotado por los escritores sin editor—

Cinco mil ejemplares de "Poesía pura" ha logrado colocar en el público el poeta Pedro Herreros, gracias a la feliz iniciativa de Julio Conde.

Cinco mil ejemplares que se hubieran perdido bajo una espesa capa de polvo en los anaqueles de cualquier librería.

El proyecto de Julio Conde debe ser explotado por los escritores sin editor. Se beneficiarán ellos y el público. Ellos, porque no corren otro riesgo que el de aguantar la ira de algún lector; el público, porque se inicia en la lectura. Y la lectura, como la cocaína, es un vicio. Todo está en empezar.

LAS ESTRELLAS DEL CINE Y LOS DEPORTES



Arriba: a la izquierda, la actriz Dorothy Mackaill, saltando en la cuerda. En el medio: Paulina Starke, sobre un acuaplano se desliza vertiginosamente por la playa de Los Angeles, y a la derecha: Ramón Novaro, que no quiere ser menos que Dorothy, salta en la cuerda, de la que es un entusiasta. En el centro: Greta Garbo espera la señal que debe dar su entrenador para iniciar una carrera pedestre; en el medio se ve a Ana K. Nilson, quien se resiste a entrar al agua, a pesar de que Ben Lyon se ofrece como instructor, y a la derecha Ben Lyon boxeando con un señor que no conocemos, y que para hacer más difícil la cuestión se ha puesto de espaldas ante el objetivo. Abajo: la simpática Gertrude Olmstead, tirando de un cabo. No se ve lo que hace, pero en cambio se ven sus pantorrillas, y eso es suficiente; Paulina Starke, que es una buena polista, acaricia aquí su yegua de polo, y, finalmente, puede verse a la saltarina Dorothy Mackaill haciendo acrobacia

COMO PRESIENTEN ALGUNOS ESPIRITUS FEMENINOS AL SUCESOR DE RODOLFO VALENTINO — Apuntes de ARTECHE



La ingenua aspiración de una colegiala

Doña Pancha la Brava

La solterona clorótica que quiere ser una Margarita Gautier...

La bataclana que rinde tributo al origen del Charleston

Estercita, desde la esquina de Chiclana, profanada por los tanguitas de la radio

La chica moderna que juega al tennis y fuma cigarrillos turcos

JORGELINA

por RICARDO J. GROPPO

(INTRRODUCCION)



L ilustre codificador del Derecho Civil argentino mantuvo para el matrimonio la clasificación de contrato tomándola de Savigny, notable romanista alemán.

Si bien jurídicamente se considera el lazo conyugal un contrato "suigéneris", pues fuera del acuerdo de voluntades no tiene otra vinculación de importancia con los contratos en general, la torpe percepción de las personas y el preponderante y omnímodo egoísmo han colocado al matrimonio —menospreciando la clara individualidad que le diera Vélez Sársfield— entre los contratos reales ,identificándolo con el comodato y la prenda.

Dejando de lado abstracciones y conceptos jurídicos, la realidad justifica plenamente la interpretación sensual del vulgo. Veamos sino y pongamos por caso el cotidiano y universal ejemplo de aquellos padres que anhelan realizar una fructífera operación con los esponsales de su idolatrada hija. Los padres, dueños de la "cosa" —en nuestra hipótesis: la mujer —darán en prenda al acreedor —marido— la posesión de su hija como crédito de seguridad por sus deudas pretéritas o futuras, que el ingenuo acreedor prendiario deberá solventar. Indudablemente que las cláusulas que en el libro III. título XV del Código Civil delimitan los derechos del acreedor como asimismo la restitución de la cosa que habla el artículo 3238 al extinguirse el derecho de prenda por el pago de la deuda son letra muerta, pues el deudor jamás usará de aquellas facultades dado que su exclusiva finalidad es perpetuar el estado de inteligente parasilismo a que ya lo autorizan sus probadas condiciones progenitoras.

Las mismas argumentaciones, tal vez irreverentes pero no menos exactas ni jocosas podríamos hacer con referencia a la similitud existente entre el matrimonio y el comodato o préstamo de uso.

El libro II, sección III, título XVII del Código Civil, dice en el artículo 2255: "Habrá comodato o préstamo de uso, cuando una de las partes entregue a la otra "gratuitamente" alguna cosa no fungible, mueble o raíz, con facultad de usarla".

Claro que nosotros, en nuestra suspicaz y sistemática interpretación, suponemos al adverbio de modo, gratuitamente, un eufemismo excesivamente traslúcido e infinitamente proteiforme .La gratuidad de la entrega de la cosa jamás existe no obstante engañosas apariencias pues repitiendo el ejemplo anterior para sistematizar la observación y evidenciarla, tenemos, según el artículo 2265, que el comodante, es decir en nuestro caso el padre de la hija casadera conserva la propiedad y la posesión civil de la "cosa". Lo que, en sustancia, significaría que sin embargo de la "venta" de su hija por la difundida y respetable operación del matrimonio retiene él la propiedad de aquello que ha de ser la permanente e inestimable financiación de sus angustias.

Ateniéndonos ahora a la letra del artículo 2255 del Código Civil tendríamos cierta dificultad para el estricto cumplimiento de la parte que reza: "...alguna cosa no fungible..." más sin desmayar por la solución feliz de nuestra transacción y solicitándonos un poco de serenidad veremos que aquélla es una pequeña, deleznable dificultad.

Evidentemente la vida humana es cosa perecedera, y siendo ello una idea bien generalizada e incontrovertible, según el materialismo, no lo supondremos tan torpe a nuestro padre ejemplar para no fallecer antes que su dignísima hija, y soportar así las horrorosas contingencias de la vida que tan bien subvenía el yerno comodatorio. Vemos aquí pues la facilidad con que las zozobras paternas pueden eludir, victoriosamente, el caso.

¿Análoga dificultad podría hallar, diréis, el hijo político, el yerno, el inefable comodatario? ¡No nunca! El habrá de pagarse noblemente de la socorrida aunque venerable frase: "El amor es eterno" y destruirá así la fungibilidad terrena de su divina esposa, prestando insuperable arrimo y tierra fértil a las ideas tan ortodoxas como dignas de perpetuación de su sacrosanto padre político.

Tenemos aquí explicado, entonces, en una forma más o menos irónica y metafóricamente jurídica el carácter absolutamente mercantil del contrato de matrimonio y el concepto, no por grosero menos exacto, del común de las personas sobre lo que llama la Iglesia, "el vínculo indisoluble".

Tratemos ahora de vivificar la verdad milenaria de este prólogo ingenuo y quizá veamos que el hombre no sólo es el "único animal que ríe", según Alfonso Karr sino también el único que miente, normalmente, en sus relaciones amorosas.

* * *

Jorgelina era el tipo clásico de nuestras niñas de sociedad.

Mediana cultura, educación un tanto gazmoña, denunciando su procedencia del Sagrado Corazón; una elegante y moderada audacia; alternativamente amaneramiento y desparpajo en la expresión; distinción en el porte y en el traje sobre todo, a manera de compensación por tanta futileza, un alma pura y un corazón ingenuo.

Había salvado la línea fronteriza y entrado un tanto a desgano en el campo que asaetea Cupido y rectifica Mercurio los impactos, excogitada la presa. Sus padres, con aquella tranquilidad propia del que actúa en medios familiares y tiene la certeza de obtener lo que ambiciona, prolongaban con aparente displicencia la exhibición de su "muñeca" en la feria de los salones, pues en la puja por su adquisición no había aparecido aún el tan codiciado postor.

A despecho de las hábiles pulsaciones que ellos hacían en las instables cotizaciones de la oferta y de la demanda, Jorgelina sentía ganado su corazón por la insinuante simpatía de Roberto, hijo único de una vieja relación de su familia y cordial amigo suyo desde la infancia. Y cuando con más nitidez iba manifestándose una recíproca simpatía que, fatalmente habría de convertirse en amor, los padres de Roberto —extranjeros recalcitrantes que todavía nos consideran colonia de cualquier potencia europea— resolvieron que su aventajado hijo estudiara ingeniería en Alemania.

Allá se fueron ellos, llevando a remolque a su inteligente vástago que iba, el pobre, llorando lo que quedó sobre su corazón herido.

Los padres de Jorgelina, eximios maestros en la cinegética, levantaron tarde sin embargo, el caño de su escopeta, y pensaron luego, con crecido dolor, que aquél hubiera sido un certero y ventajoso impacto. Pero no había tiempo para lamentos y menos para inculpaciones.

Aprovechando la circunstancia de que Jorgelina abriera las puertas de su corazón al primer aldabonazo del dios ciego, comenzaron a sopesar febricientemente los futuros candidatos pues, además, una desdichada operación comercial que habíase realizado unas semanas antes y otra que también amenazaba resolverse en desastre, derivaban fatalmente la búsqueda de la inminente ayuda pecunaria hacia el yerno poderoso y optimista. Razones tan capitales impedían en absoluto que el corazón de Jorgelina campara por sus respetos .

El honor, la consideración, el terrible "¿qué dirán?" exigían perentoriamente soluciones inmediatas y prácticas y sin que entrara a malearlas, en lo mínimo, la voz dulzona e infecunda del afecto.

El padre, hábilmente secundado por su esposa en los planes estratégicos, púsose al frente de aquella avalancha de necesidades y de temores... y mañana daría su batalla definitiva y consagratoria.

* * *

No sin grandes dificultades pudo hallar el candidato que hiciera provechosa y resonante su victoria. La víctima que por la habilísima estratagema de nuestro atribulado padre creyóse envidiable vencedor, era Carlos Pradier, fuerte comerciante en paños.

El noviazgo fué corto en previsión de cualquier desavenencia, tan fácil en aquellas circunstancias. Jorgelina no tuvo intervención casi en esa brillante y disculpable compraventa. Un poco por repugnancia y otra tanto por el dolor y la vergüenza de la inminente bancarrota de sus padres transigió con una muda, permanente protesta aquella acertada solución que, al mal común, hallaran sus progenitores.

No sintió ni provocó afecto alguno en la efímera pero dolorosa estancia del compromiso. Como el condenado en última instancia, al que no puede ya designio humano evitarle la sanción, sentía la pobre aherrojada su alma y la visión angustiosa, trágica, de su ejecución, sumíala en un conmovedor y permanente abatimiento. Realizóse la boda y partieron la noche del mismo día para Montevideo, donde habrían de pasar la luna de miel. Jorgelina ensimismada, deshecha por la magnitud de su dolor era un bulto más en el magnífico equipaje de aquella nueva pareja, virtualmente despedazada.

La estada fué brevísima, pues Jorgelina, abstraída y llorosa, pasaba el día encerrada en su habitación sin que bastaran para calmarla las solícitas atenciones de su esposo que, en su singular torpeza, suponía aquel malestar consecuencia natural del nuevo estado civil.

Fué la primera vez en su vida que un llanto de fuego abrasaba sus mejillas y la primera vez, también, que su corazón en tardío anunciamiento, revelábase el escondido amor que sentía por Roberto.

Pensaba que su transigencia para con el dolor de sus padres —pasible siempre de alguna otra solución —clavaba en su espíritu el horrible grillete de un eterno martirio e imponía a sus sentimientos la más infamante de las simulaciones.

El llanto, aliviándola engañoso de su gigantesca pena, clarificaba el recuerdo y hacíale vislumbrar el sueño azul mas ya imposible de su unión con Roberto.

¡Jamás sabría perdonarse tanta vileza !Ella, para comprar el honor de sus padres. degradarse vendiendo el propio!

Pero había algo que la salvaba ante su conciencia.

Ningún vínculo había creado la ley al legitimar aquella aborrecible unión. ¡Ningún compromiso había contraído libremente aceptando ser la esposa de Carlos Pradier! Tampoco podían sujetarla ni someterla la letra de los artículos 50 y 53 de la Ley de Matrimonio Civil, si la más íntima repulsa denunciaba la validez de aquel acto odioso. No pudo, en el momento solemne en que iba a certificar su eterna desgracia gritar el asco de aquella miserable transacción.

¡Nada la atacaba, pues, ni moral ni materialmente al que la ley había hecho su esposo si sólo el egoísmo y la inmoralidad de sus padres financiaron la afrentosa operación!

* * *

Carlos Pradier era un espécimen de nuestros hombres jóvenes: huero, fanfarrón y tenoriego había llegado al matrimonio como un sociego necesario a su vida de noctámbulo. Era para él la alternativa de tener una querida legitimada y menos onerosa que las otras y un motivo aparente para alejarse un poco de tanta francachela dispendiosa.

Los rápidos progresos de su comercio —que tan afianzado le dejara su padre— despertáronle la pueril jactancia de ser uno más de nuestros ricos, viniendo, en el caso, a representar su matrimonio con Jorgelina un apreciable aporte, ya que él constituía el freno moderador de sus "salidas".

Don Lauro, su incomparable suegro, demostró poco tiempo después que era un beligero sujeto, rectificando el viejo y noble pos-

* * *

Carlos Pradier y Jorgelina Heredia habían sostenido ya las primeras escaramuzas. El, con aquella simpleza que le era privativa no podía comprender ni admitir la indiferencia, la pesadumbre, el llanto intermitente de su esposa. Suponía que su atropellado, fulminante matrimonio, huérfano de suyo de aquella comprensión que sólo dan la intimidad y el tiempo, dejara tal vez en el ánimo de Jorgelina ese frío y ese retraimiento. Pero él lo imaginaba todo transitorio, efímero; y aquello, tomando más y más cuerpo, amenazaba perpetuarse. Jorgelina de un día para otro suprimió en absoluto las manifestaciones de dolor ante su esposo y las lágrimas del recuerdo y la desesperanza vertíanse copiosas en ausencia de aquél. Carlos no lo ignoraba; mas resuelto a indagar con la mayor sutileza posible el doloroso enigma, salía y regresaba inopinadamente a su casa esperando sorprender a su consorte en uno de aquellos momentos de angustia y recabarle las razones. Mas segura ella de su imposible redención, harta de mortificar infructuosamente su espíritu y adaptada ya a la innegable pena, acabó por adentrar tan profundamente su dolor que fuera de una leve tristeza, nada denunciaba la lóbrega noche de su alma.

El, incapaz del menor atisbo psicológico, experimentó un sensible alivio al notar el cambio de estado de su esposa, y se afirmó en la primitiva creencia de que aquellos males obedecían exclusivamente al paso trascendental que diera Jorgelina..

Llevaban poco más de seis meses de casados y hasta entonces Carlos había cumplido inobjetablemente con el rito externo del perfecto marido: llegaba tanto al almuerzo como a la cena con el proverbial puntualidad sajona; tenía, día por medio, una fina atención para con su esposa y si por excepción salía solo, recogíase siempre antes de las 23. (Mas como su matrimonio había sido una simple mutación escénica, volvió a poco a las andadas, ratificando cumplidamente el perfeccionamiento del zorro que, según el adagio popular, sólo se reduce a su alopecía).

Debutó por aquellos días una compañía francesa de revistas aureolada por resonante prestigio parisiense y por el conjunto de fascinantes huríes que traía en el elenco: incomparables seres diatérmanos. Carlos cautivado por la descripción que de aquellas piernas y de aquellos desnudos —bagaje exclusivo y suficientemente artístico de estas compañías— hacía su "maestro" y rijoso amigo Horacio, quiso verificar personalmente lo que suponía un desmedi-

(Continúa en la pág. 6)

JORGELINA

- Continuación -

do elogio y retiró su entrada para la función de la noche.

Nada, si en algo había andado corto su inflamable amigo era precisamente en eso: en la apología, en el ditirambo. Aquello era la más impresionante y tórrida exhibición de perfecciones. ¡Qué prosaica la vida y qué gazmoña la moral que exigen encubrir tan fecundantes y bellas desnudeces!

Había flechado a una de las "vedettes" de la compañía y esperaba ansioso el fin del espectáculo para lanzar su potro al singular combate. Pero ni siquiera hubo conato de lucha. El "adversario" depuso toda intransigencia frente a un enemigo armado de tales "medios" y tal vez por lo mismo no pudieron cumplirse sus previsiones. En esa noche pensaba explorar simplemente la plaza dejando para otra oportunidad la elección de mercancía, mas como el hombre propone y Dios dispone... llegó de madrugada a su domicilio.

Jorgelina, que hallábase despierta cuando Carlos, con toda cautela, encendió el velador, no dijo una palabra. Sólo quería ella que él supiera que lo había visto regresar a esa hora. Su silencio exigió más imperativamente la aclaración que Carlos dió con toda amplitud.

"Efectivamente, queridita, es un poquito tarde, pero cuando conozcas los motivos que me han demorado tanto apreciarás mi lealtad de amigo y la nobleza de mis sentimientos.

Horacio, al descender de un tranvía, en el que regresábamos juntos, sufrió una caída luxándose el tobillo izquierdo. En el fundado temor de que aquello fuera, en verdad, grave, nos llegamos hasta el consultorio de nuestro común amigo el doctor García Ramírez y como no le halláramos resolvimos esperarle pues según nos manifestara la sirvienta el doctor volvería pronto.

A las 23 y 30 llega por fin Ramírez. Examina detenidamente, aprieta aquí, aprieta allá, mueve el pie provocando contracciones de dolor de parte del pobre Horacio y, luego, sonriente, dice: felizmente no hay fractura, es una simple luxación. Receta algo y ordena inmovilidad absoluta por unos días. Disparamos en un auto a la farmacia y luego a la casa de Horacio.

A pesar de nuestras grandes precauciones, su bondadosa, sacrosanta madre —que no importa la hora, está siempre en la habitación de su hijo, instantes después que éste llega— entró un tanto azorada al oír conversar suponiendo que la compañía fuera uno de esos amigotes de parrandas de Horacio, y explicada, minuciosamente, la afortunada desgracia, pude regresar finalmente a tu lado lleno de congoja por tu incertidumbre, no sin que antes la mamá del bueno de Horacio agradeciera con toda el alma mis solícitas atenciones".

Satisfecho Carlos de su fácil y convincente explicación, besó con ternura a Jorgelina, apretándola contra su pecho y casi simultáneamente halláronse a oscuras, pues no quiso el velador complicarse con otras ternezas...

———

La pretendida justificación de Carlos no logró persuadir del todo a Jorgelina. No andaba ella descaminada en su incredulidad, pues con ligeras intermitencias caía él en la recidiva. Y así, hasta que comprobara plenamente su infidelidad. Multiplicóse entonces su dolor ahondando la vieja herida de su pecho.

¡Así pagaba el Destino el sacrificio de su esperanza, infiriéndole el agravio de un marido adúltero! ¡Esa era la ópima cosecha de un hogar que sembrara pródiga, la sordidez paterna!

———

Roberto Schmidel, hacía cuatro días que había regresado de Alemania. Jorgelina que saliera de compras aquella mañana, le halló en uno de los coches del subterráneo. Después de un saludo afectuoso y de inquirirse mutuos detalles íntimos recibió él, cobardemente, la noticia del matrimonio con Carlos Pradier. No era que lo ignorase, mas la comunicación así tan directa, le anonadó. No pudo disimular la aguda contrariedad y pretextando una impostergable diligencia, descendió en la estación próxima. Prometió visitarla en su domicilio, acompañado de sus padres y dejóle saludos para Carlos.

Jorgelina, ya en su casa, lloró sobre el cadáver insepulto de su ilusión.

———

Carlos volvía ostensiblemente a su vida de soltero. Tenía como entonces su "garconniere" y las "absorbentes gestiones de sus negocios" —como invariablemente decía él— retraíanlo de su hogar. Faltaba con frecuencia al almuerzo y a la cena y de ordinario recogíase de madrugada y, a las veces, algo achispado.

Impuso Jorgelina a sus padres de su desgraciada situación, mas ellos, eludiendo toda intervención por impertinente, recomendáronle paciencia, ya que aquello no eran sino simples escarceos del temperamento un tanto vivo de Carlos; y disuadiéronla enérgicamente de la separación que ella insinuara.

———

Eran aproximadamente las once cuando Roberto llegó al domicilio de Jorgelina. No le llevaba otra finalidad que anunciar al matrimonio Pradier que en la noche de ese día su familia cumpliría la prometida visita. Mas debió ser parcial en la comunicación, pues Carlos hallábase ausente desde la noche anterior, llevado a Montevideo por una repentina y trascendental "operación comercial".

A poco de comenzar, la vieja y cordial amistad de Jorgelina y Roberto retomó su amplia, abierta confianza. Y de trecho en trecho cronológicos, salvados algunos con desconcertante rapidez, llegaron al punto que ambos anhelaban íntimamente. El lenguaje apasionado y dolorosamente traslúcido de Jorgelina, subrayado a ratos por lánguidas miradas y contenidos suspiros, y el silencio casi absoluto de Roberto, lleváronlos insensiblemente a la fatal pregunta: ¿Lo quieres? —dijo él, tímida, levemente. Jorgelina miróle un instante con fijeza como queriendo lanzar por sus ojos la evidente pero inútil respuesta y prorrumpió luego en un llanto incontenible. Después de dulces, fraternales exhortaciones, logró Roberto calmarla un tanto y aprovechando la circunstancia se despidió.

———

Jorgelina, ya ni siquiera sexualmente preocupaba a su marido.

Destruída por ella en forma brillante y enérgica la manoseada y torpe razón que Carlos daba invariablemente pretendien do encubrir las verdaderas causas de sus desvíos, confesó él de plano y con todo cinismo que si, efectivamente, cuestiones de mujeres lo retenían a veces fuera de su hogar, era porque ella no había llenado sus aspiraciones ni constituía su ideal estético.

—No hables de aspiraciones ni de ideales con referencia a un hecho que sólo realizaste movido por tu instinto y por tu egoísmo, contestóle Jorgelina.

La paladina, repugnante confesión de Carlos, franqueó la puerta, que jamás habría de cerrarse, a un odio implacable. (Perdido para la mujer el cetro jupiterino que es la atracción de su física belleza, la voluptuosa línea de su cuerpo y el fuego pecaminoso de su mirada, la fuerza negativa del odio enseñoréase tiránica y entre las paredes de aquel pecho ruge enfurecida la pasión de las Euménides).

Después de aquella desdichada, grosera justificación de Carlos, no cabía posibilidad alguna de reconciliación. Jorgelina jamás la hubiera intentado, pero la acción sedante del tiempo y las nobles palabras con que Carlos, coronando una semana de intachable comportamiento, le pidiera disculpas, hiciéronla transigir un instante con su esposo y sintió por primera vez en su vida de casada el goce de un segundo de felicidad. Pero, no. No podía ser más que una fugaz conciliación. Su esposo no la amaba ni la había amado nunca. El matrimonio con ella había sido una nueva aventura ya totalmente fatigosa para Carlos, que impelíale a buscar, en compensación a tanto tedio, distracciones y placeres fuera del hogar.

Aquello que surgió bajo la égida legendaria de Don Juan y que exigió, empero, para triunfar el arrimo maculoso del Registro Civil, tenía ahito y violento al proclive marido dentro del árido y exiguo perímetro del hogar. En buena hora los envidiables amigos y condóminos de aquella insuperable y afortunada mocera de calle Suipacha habían intentado convertir al apóstata. ¡Y qué no habrían de conseguir ellos si la reciente conquista de Carlos hacíale pregustar, infinitamente, la belleza del retorno!

Se reintegró gozoso al seno de aquella su vida tan ensoñada, y fué su esposa el vaso de agua que a veces se apetece o la obligación que el medio nos impone y que siempre desdeñamos en lo íntimo.

¡Sólo el calor de las reyertas caldeaba periódicamente las frías desoladas, inhóspites habitaciones del matrimonio Pradier, carentes ya en absoluto, y para siempre, del fuego fecundo y divino del afecto!

Mas ya también alongábanse las intermitencias de aquellos choques que parecían vitalizar la reciprocidad afectiva de los cónyuges, virtualmente muerta. Habían llegado a aquel extremo en que la conciliación ni concebirse puede... tanto desafecto, tanto desdén, tanta indiferencia llenaban sus almas.

———

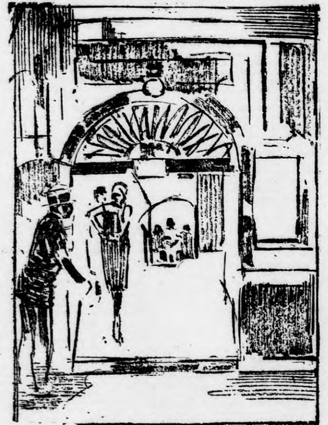
Aquella tarde la había dispuesto Jorgelina para retribuir la visita a Beatriz Ocantos, con quien estaba en deuda desde hacía algún tiempo. Era Beatriz una de sus amigas más dilectas y pensaba Jorgelina franquearle su alma dándole así un desfogue a su dolor. Hízose una toilette minuciosa y deslumbrante. (También era ella de los que piensan que el dolor aparece más intenso y más puro cuando se arropa impecablemente y se vierte fúlgido entre piedras y entre gasas).

Instintivamente compuso su rostro en el automóvil y al entrar en casa de su amiga su continente trasuntaba una expresiva y elegante tristeza. Facilitóle Beatriz el desahogo que tanto anhelaba Jorgelina. Agregó la socorrida acotación (¡nunca lo hubiera creído!) a los despropósitos de Carlos y después de venerar religiosamente la inefable angustia con las dos lágrimas rituales, la exhortó que tuviera fe y confianza en Dios para sacar triunfantes la Virtud y el Amor. Y deseando distraerla de tan amargas cosas comenzó a contarle con crecido entusiasmo la realización tan esperada del soñado chalet en el Tigre, en aquellos terrenos de su padre que infinidad de veces debieron enajenarse a no ser la victoriosa oposición de Beatriz. ¿Sabes de quién son los planos?— de Roberto, nuestro querido ingeniero Schmidel. ¡Qué gusto exquisito! ¡Qué aprovechamiento más inteligente del terreno! Ahí debe de estar en el escritorio con papá. Están financiando la operación, como ellos dicen. Hace aproximadamente un mes que se entrevistan casi a diario aquí en casa. Muchas veces, esperándolo a papá, Roberto y yo nos hemos pasado más de una hora conversando. En una de aquellas circunstancias en que se hablaba de todo menos de lo que te puedes imaginar, tuvimos un cariñoso recuerdo para vos. Me dijo que no hacía mucho tiempo se habían encontrado en el Subterráneo y que a pesar de los pocos minutos que estuvieron juntos pudo sospechar tu desdicha; y que luego en la visita que te hiciera en tu propio domicilio comprobó plenamente sus suposiciones, conociendo de tus mismos labios todo tu dolor.

En el relato era fácil advertir que su alma participaba grandemente de tu desgracia. Y terminando me dijo: la pobre no es feliz y quizá no lo sea nunca.

Quiso la casualidad que Beatriz no pudiera oír de parte de Jorgelina opinión alguna respecto a aquellas palabras, pues al instante de haberlas pronunciado Roberto entró en la habitación. Jorgelina quedóse absorta. Sintió como una brusca opresión sobre su pecho y, simultáneamente, su rostro demudado ponía en evidencia la impresión sufrida.

(Continuará en el núm. próximo)





POR LA FERIA DEL ARTE Y DE LAS LETRAS

Barrés y la Argentina—

NOSOTROS éramos partidarios y admiradores de la obra de Mauricio Barrés. Pero no podemos dudar de una noticia que nos llega oficialmente confirmada desde París. A tanto llega nuestra admiración, que en un momento dado supimos integrar la cantidad necesaria para que fuera levantado un monumento al gran escritor sobre la colina de Sión a la que él llamó la colina inspirada. Por lo pronto tenemos entre nosotros a un gran barresiano, el autor de Zogoibí. Si no estamos mal informados, Larreta conoció a la mayor parte de los escritores franceses en casa de Barrés. Y a la recíproca, éstos no conocen otro literato argentino que el autor de "La gloria de Don Ramiro".

Las obras de Juana de Ibarbourou—

Desde Caracas nos llega la noticia de que el presidente de Venezuela, general Juan Vicente Gómez, ha dispuesto que se adquiera una edición completa de las obras de la poetisa uruguaya y que sean distribuídas por todas las escuelas de la citada república. Produce agradable impresión leer noticias de esta índole, perdidas entre el cúmulo de noticias en que se nos informa del resfriado de una condesa desterrada o de una indisposición de Primo de Rivera. Y sobre todo, enviamos nuestras felicitaciones a la mujer que une a una gran inteligencia un puro corazón.

El pintor Figari en París—

A pesar de que un crítico francés creyó que Figari era de Haití, éste, en un momento dado llamó la atención de los entendidos que supieron acogerlo como el representante de una modalidad artística original. Es así que ahora ha establecido su taller en Plaza del Panteón en París en donde trabajará en esas evocaciones plásticas con sus azules y sus rojos violentos. Sin duda que la Ciudad Luz debe haber llamado la atención de ese nuevo primitivismo de Figarí lleno de una amplia y sincera emoción en



HECTOR I. EANDI



"Alfonsina Storni", obra de la señorita María Esther Deretich

la que tiene mucho que hacer el recuerdo histórico.

Las conversiones de los escritores—

En un interesante artículo sobre la conversión de varios escritores franceses, Jean Prevost en "Martín Fierro" estudia a grandes rasgos el caso de Max Jacob, Jean Costeau, etc., que se han convertido o están por convertirse al catolicismo. La moda cunde, dice el comentarista. Y cita una frase de Paul Calery a François Mauriac que tiene su gracia: "Mi pobre amigo, vuestra desgracia es la de no poder convertiros".

Aviso a los escritores—

Por intermedio del señor A. Caronno, traductor, entre otras obras, de la de Ada Negri "El libro de Mara", nos llega la noticia de que **Mario Puccini** desea establecer una activa correspondencia de libros y revistas con los escritores argentinos. Su dirección es **Corso Mazzini 28, Ancona** o bien **Falconaro Marittima (Marche)**. Trasmitimos la noticia a nuestros escritores.

Revistas nuevas—

Las revistas tienen una época como las uvas y las sandías. Parece que ya comienzan a "pintar" algunas. Una revista joven no debe durar más de doce números; la vejez le llega pasado este número. Existe gente que se alegra cuando ve fracasar una revista joven, como hay gente que se ríe porque un ciudadano se pega un golpe en la vereda. Es así que en cuanto se anuncia una nueva revista la gente se dispone a verla fracasar. Se nos comunica la aparición de "Margen" cuya dirección y redacción estarán a cargo de muchos de los que constituían "Inicial" cuyo postrer número será tirado en estos días. Asimismo se anuncia una revista de crítica dirigida por los miembros de "La Peña".

Un crítico musical y el snobismo—

Cuando en el teatro Politeama el maestro Ansermet nos hizo escuchar casi a la fuerza el Concertino de Honegger, unos silbaron y otros aplaudieron. Girondo, por ejemplo, aplaudía de espalda al escenario, mientras en otro lado, un escritor un poco pasatista gritaba "Snob" a todo lo que daban sus pulmones. Esta palabra ha quedado vibrando en nuestro medio artístico. Ella está dando lugar en estos momentos a una polémica elegante y comedida entre el crítico musical de "La Nación" y la señora Victoria Ocampo. La ilustre comentadora del Dante ha dicho que la música de Beethoven tiene olor a melón; y que ella tenía una "parienta" que no podía soportar el olor a melón. El reputado crítico ha recurrido al diccionario, que es la última razón de los que discuten. Tenemos interés en las conclusiones a que se llega en este asunto.

PEDIMOS...

A ALFONSINA STORNI que dé a conocer lo más pronto que le sea posible unas obras de teatro que tiene terminadas. Según los informes de quienes han tenido el placer de escucharlas sabemos que se trata de algo lleno de originalidad y potencia emotiva. Y como no podemos pedir más, esperamos la representación de estas obras.

• • •

A EDUARDO A. MALLEA que libre su imaginación narrativa de toda influencia extraña a él mismo. Lo creemos capaz de conseguir originalidad sin necesidad de seguir las huellas de tal o cual narrador famoso. Deseamos que en su próximo libro veamos cumplido este pequeño deseo.

• • •

A JORGE LUIS BORGES que deje de jugar al ajedrez con las palabras y que desatándose de los inconvenientes de la retórica que él mismo se ha creado nos dé una obra límpida de gramaticalerías, límpida como esa luz de luna que lava los patios de las casas y que al autor de "La luna del frente" le gusta cantar

• • •

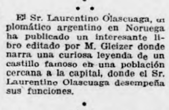
A JACOBO FIJMAN que a su vuelta de París nos traiga en el bolsillo más grande un poco de aire del Luxemburgo para ver si es más claro que el de nuestro Palermo y que si en el viaje se le ocurre una metáfora que no sepa a donde ponerla, que se la mande a Evar Méndez de recuerdo.

• • •

dando así una lección a sus detractores que quedarán de esta manera maniatados para criticar toda originalidad.

• • •

A ALBERTO GERCHUNOFF que escriba muy pronto la novela que nos tiene prometida, en la que podamos observar ampliamente esa nueva modalidad de su producción que ya se advierte en el cuento "La tragedia cotidiana de un hombre".



"Charles Soussens", cuadro del pintor Rodolfo Franco

• • •

El Sr. Laurentino Olascuaga, diplomático argentino en Noruega ha publicado un interesante libro editado por M. Gleizer donde narra una curiosa leyenda de un castillo famoso en una población cercana a la capital, donde el Sr. Laurentino Olascuaga desempeña sus funciones.

• • •

Hace poco tiempo apareció la noticia de que el Sr. Romeo Maciel, nadador argentino había sido nombrado vice cónsul en una población del Brasil.

Sin embargo continúa prestando servicios de instructor de natación en una institución particular. Pero esto no es lo grave. Lo grave es que se otorga representación diplomática a los atletas. Las naciones más civilizadas del mundo dan esos puestos a sus artistas. Consolémosnos. La Argentina los da a sus nadadores. Dentro de poco, Firpo será embajador en los Estados Unidos, o en último caso en Nicaragua o Méjico.

Precisamente las naciones que nos mandaban como cónsules y ministros a los señores Amado Nervo, Ruben Darío, Gonzalez Martínez, etc., etc.

• • •

Entre los jóvenes de la nueva generación se propicia efectuar un merecido y sencillo homenaje para recordar eternamente a Evaristo Carriego. Se piensa colocar una lápida en la casa donde murió en su viejo y tan cantado Palermo, de su "Canción do barrio".

Si no se llega a identificar la casa de Carriego, que con el tiempo será para los porteños como la de Cervantes en España, se colocará la lápida en una plazita del suburbio palermitano o palermitense, que descubrió Jorge Luis Borges en sus románticas peregrinaciones por el barrio del querido poeta del arrabal.

• • •

El monumento al pueblo parece que será confiado al escultor Agustín Riganelli.

Nadie en efecto más indicado para su ejecución que el fuerte escultor argentino que viene del pueblo y lo ama profundamente. Riganelli nunca se ha envanecido de sus triunfos ni ha claudicado jamás de sus ideales. Su ya clásico sweater de lana gris, de la na proletaria, es la bandera de su heróica pobreza. Una vez dijimos que su sweter era chaqueta de Babeuf ondulado en los arrabales que tanto conoce y comprende el torturado escultor del pueblo.

La Historia de Roberto Levillier—

Levillier, cuya personalidad es ventajosamente conocida en los ambientes intelectuales y artísticos, acaba de publicar una obra de carácter histórico. Se trata de la Nueva Crónica de la Conquista de Tucumán en la cual describe las relaciones primitivas entre peruanos y diaguitas, la lucha de naturales y castellanos en la fundación de ciudades y la acción ejercida por los virreyes del Perú, Audiencias de Lima y Charcas y gobernación de Chile en el siglo XVI. La obra, que consta de un solo volumen, está editada en Lima y lleva una carátula de puro estilo incaico. La historia de la vasta región que antiguamente se llamaba el Tucumán ha sido objeto de vastos y profundos estudios. De tal manera que la obra de Levillier no es de las más fáciles.



Clemenceau y Claudio Monet—

El "Tigre" era muy amigo del famoso pintor recientemente desaparecido. Jamás se vió nada más sencillo que el entierro de este gran hombre de arte. Una mañana húmeda y triste, en el cementerio de Gavarny, terminada la ceremonia, a Clemenceau le temblaron los labios y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Se retiró a su casa y permaneció encerrado durante varios días sin ver a nadie. Nada en su vida le había producido un dolor tan íntimo y vivo como la muerte de su amigo Monet.



Eduardo Keller Sarmiento

P A R I S...

es un enorme mapa gris
con calles que se insultan y no saben dónde i

Símbolo un bailarín que se muere de sueño
y delira con buques, conferencias y espejos.
Hoy luce un sol desnudo, único ser humano;
la mañana se ha puesto su traje de verano,
mediodía se agrieta al peso de las llantas.
Un carnaval de anuncios incendiando las plazas.
Toldos con nidos
ruidos de ayer
sombra hecha trizas
Retumba la gusanera verde de los tranvías
Me veo en el tumulto de los obreros grises
martillando a la sombra de las torres felices
Son aquellas mujeres cascabeles heridos
alimento de los escaparates cínicos
Mi espalda ilógica debajo de los puentes
está tiznada por los trenes de la muerte
Por el rayón del Sena va el lápiz de algún mástil
Kiosco de mi recuerdo me como un caramelo
Todo ante un sol desnudo único ser humano
que ya está envejecido de mirarse en los años.

EN FORMA BRILLANTE FINALIZO AYER EN MORON, LA PRUEBA DE AUTOS MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA



...leno rayo de sol, esta compacta muchedumbre espera con verdadero estoicismo la llegada del ganador.

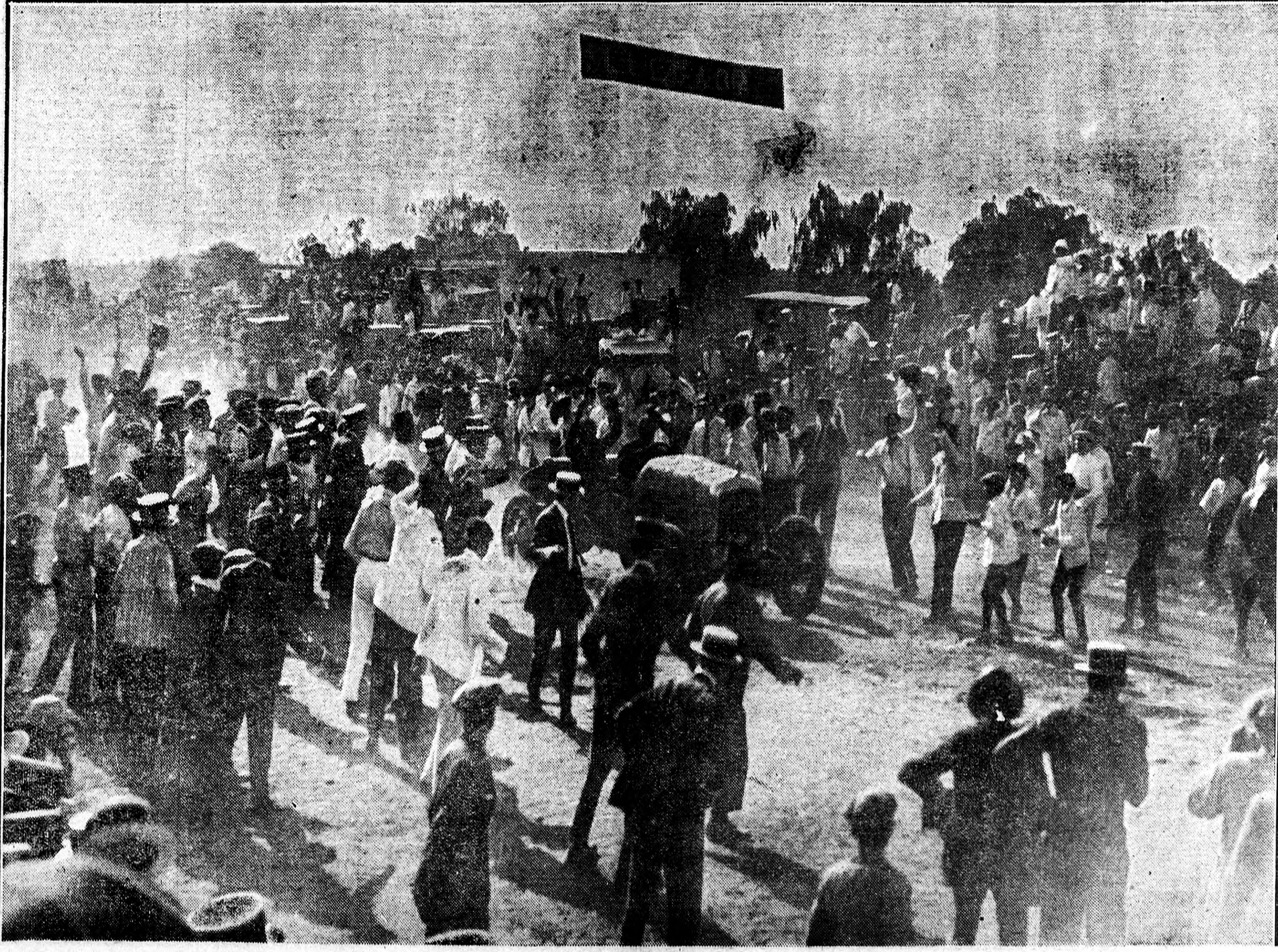
Algunas notas gráficas de la gran carrera, en la que una vez más nuestros volantes han puesto a prueba su entusiasmo y espíritu deportivo. En las páginas del diario encontrarán los lectores la más completa información sobre el desarrollo de la importante prueba.



Una nota de emoción puso en el ambiente la llegada de ... Gaudino. Durante largo rato los apl... ausos atronaron el espacio.



Domingo Bucci, que sólo por mala suerte no ganó el premio



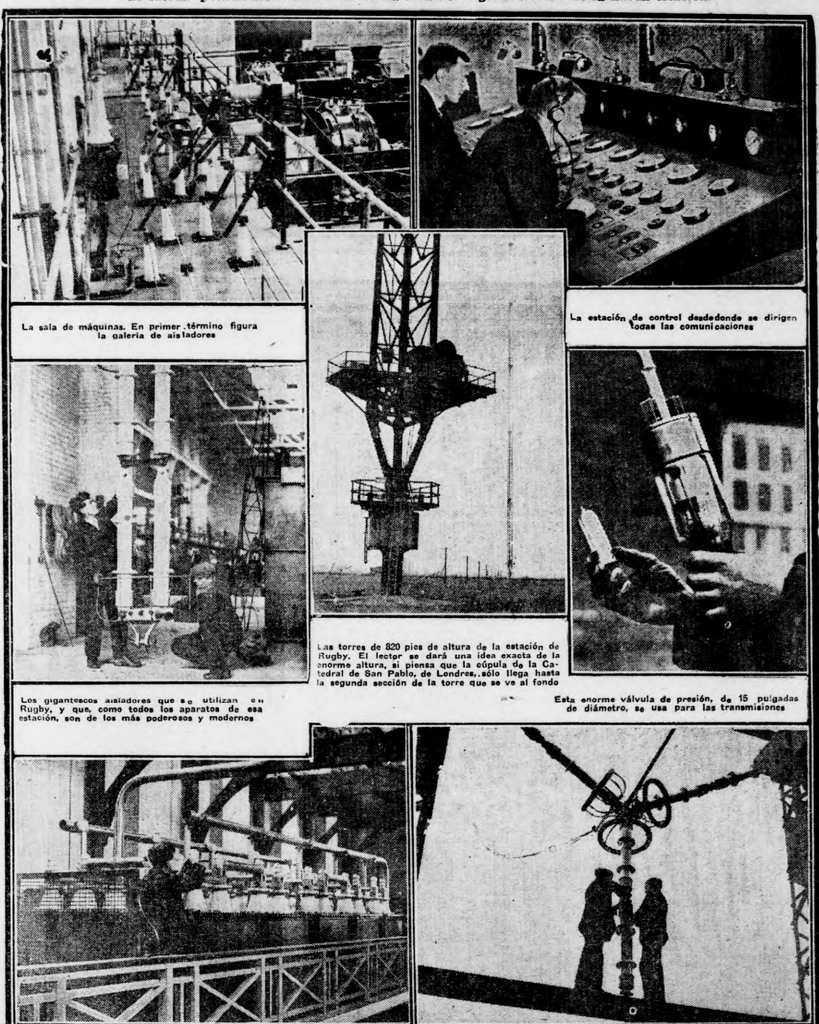
Con un entusiasmo indescriptible, la crecida concurrencia que esperaba en Morón la llegada de los volantes, recibe a París Giannini. — Este exceente volante hizo suya la etapa Córdobo-Buenos Aires, clasificándose segundo en la carrera.



Antonio Gaudino, que se adjudicó el G. Premio Nacional

Hay Una Nueva Vía de Comunicación Entre el Viejo y el Nuevo Mundo

En Rugby, estado de Nueva York, se ha inaugurado recientemente la estación de radio más poderosa del mundo. Allí están instalados los aparatos más perfectos y poderosos de la materia, algunos de los cuales ilustran esta página, a través de la cual podrán los lectores darse una idea de la grandiosidad de la nueva estación.



La sala de máquinas. En primer término figura la galería de aisladores

La estación de control desdedonde se dirigen todas las comunicaciones

Las torres de 820 pies de altura de la estación de Rugby. El lector se dará una idea exacta de la enorme altura, si piensa que la cúpula de la Catedral de San Pablo, de Londres, sólo llega hasta la segunda sección de la torre que se ve al fondo

Los gigantescos aisladores que se utilizan en Rugby, y que, como todos los aparatos de esa estación, son de los más poderosos y modernos

Esta enorme válvula de presión, de 15 pulgadas de diámetro, se usa para las transmisiones

Los condensadores, que son son los más grandes del mundo

La parte superior del mastil de la torre, a 820 pies de altura, donde están colocados los gigantescos aisladores

POETAS JOVENES

Cuando al fin me lleven...

Dos caballos negros irán tirando del coche pesado.
Un muñeco rígido con la fusta en alto los hará escarcear.
Y mi cuerpo inerte dentro de la caja pintada de negro
Oscilará indefenso en los tumbos como una barca en un canal!

Detrás un coche o tres, o cuatro o cinco. ¡Quién puede saberlo!
Un amigo fumando tranquilamente y nada más.
En los coches que sobren irán llorando mis esperanzas.
Mis ternuras y mis ilusiones y nadie las verá.

Más tarde, en el momento de echar la tierra en el sepulcro
alguien, muy lejos de aquí, del caso se enterará,
y tal vez una lágrima se asome a los claros ojos

por los que durante tantas noches no pude los míos cerrar.
¡Oh Dios santo, sólo porque esa lágrima no empañe esas pupilas
quiero durar un poco más!

CESAR CAMINOS.

PITUCA

I

De un puñao e tierra
amasao con yanto,
se formó tu cuerpo
tuito maltratao.
T'emprestaron un alma de ovejita
y un corazón manso...

¿Pa que iban a darle
a tus ojos pardos
fiestas de ilusiones?...
¡Ni los alumbraron!...
Y eyos mesmo que sol que anuncia juria,
siempre están ñublados.

Dispues que te hicieron
como de retazos,
solita en la güeya
de los desengaños
te dejó aqueya qu'ensució su vida
mesmo que trapo de limpiar las manos.

Y juiste pa tuitos
como el yuyo malo
que daña las siembras
y apesta el ganao
ni siquiera jué tuyo un pecho'e madre
otros senos de lástima te criaron.

II

Túnica cartiya
jueron los azotes;
trabajaste mucho
sin ganar un cobre;
Te quemaron el cuerpo las heladas
y te curtieron los ardientes soles.

Toda encojidita
quedaste d'entonces
como un montoncito
de materia pobre
en donde repicaban las disgracias
contentas de sentir sonar a roble.

Como perros bravos
tuitos los rigores
fieros te mordieron...
¡Maldá de los hombres!
En tu rodar supiste, y es bien cierto,
qu'es pior amo del pobre el mesmo pobre.

Y un día te juiste
sin saber adónde. .
¿Qué importaba el rumbo?...
¡Jamás é los pobres
que te cobraron a subido precio
el calor compasivo é sus jogones!...

III

Han pasao los años,
y ahura que te veo,
mis ojos se ñublan
y yoran p'adentro,
como diciendo al corazón: ¡mojáte
pa que no te rompás al sentir esto!...

¡Pobre Pituca, pobre!
cómo se ha raido el tiempo
de tu carita fea
y tu corazón viejo...
Del yuyal 'e la vida, dos abrojos
en forma 'e dos guachitos te prendieron...

Derrengada y sumisa
como matungo viejo,
dispreciada por tuitos
y a la rastra con eyos,
revolcás a tu carne fea y sucia
como a trapo que limpia los requechos.

Me da rabia, Pituca;
sufro cuando te veo
pasar con tus guachitos
que parecen dos viejos...
¡Me dan ganas 'e tirarle a los cristianos
a pedradas el barro 'e mi desprecio! ..

Epifanio Orozco Zárate.

ENRIQUE HEINE

ALGUNOS RASGOS DE SU VIDA

PRONTO — en febrero próximo — se cumplirá el setenta y un aniversario de la muerte del que fué periodista, poeta, devoto de la libertad, — ardiente amigo de Francia y gran amigo de nuestro Don Quijote, Enrique Heine. El 17 de Febrero de 1856 fallecía en París, a consecuencia de un reblandecimiento medular, y su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Montmartre, donde Hasselrij le elevó un busto de mármol años más tarde, en 1901. Con ocasión de la ceremonia consiguiente Emilia Pardo Bazán condensa la vida del autor de Internezzo en un párrafo que dice así: "Nació Heine, el más sentido de los líricos, en Düsseldorf, en 1800; su familia era judía, de Altona; su padre, Sansón Heine, vendía terciopelo. Francia ejerció sugestión sobre su fantasía desde la niñez; su madre, Betty Gelden, que era una apasionada lectora de Rousseau quiso que entrase al servicio del dios de aquella época, Napoleón. Si no cae el Imperio, Heine es militar y forma en las filas con aquellos granaderos cuya conmovedora balada escribió. Caído el corso, quiso Betty que su hijo fuese banquero, como lo era su tío, Salomón Heine. No sabía que el joven Enrique estaba predestinado a ser rey. "El poeta es un monarca", repite él en uno de sus más hermosos cantos'.

Arrogantemente blandió el cetro de su soberanía, pero fuera de su Patria, donde se le combatió y persiguió por su amor a la democracia, en favor de la cual puso constante y felizmente lo más viril y robusto de su talento. De niño, se negó a ser empleado de comercio, contra la decisión de su familia. De mozo luchó para lograr nombre y bienestar económico. Remó en las consabidas galeras del periodismo; compuso poesías, que le concedieron notoriedad tan prestigiosa, en su mismo país, como la de Goethe. Viajó mucho, y en Mayo de 1831, perseguido por el Gobierno, que había prohibido la venta del tercer volumen de su obra **Reisebilder**, se trasladó a París, de donde no debía salir nunca más. Fué amigo de Dumas, de Balzac, de Chopin, de Listz, de Berlioz. Hacia el año 1846 se vió atacado de la dolencia que, diez años más tarde, le condujo a la tumba. Cuéntase que, ya impedido y postrado, todavía le quedaban alientos para hacer que le llevasen al Louvre y contemplar la Venus de Milo...

Contrajo matrimonio en segundas nupcias (1841) con Matilde Crescencia Mirat, joven francesa, más dotada de atractivos físicos que intelectuales, a la que conoció en una guantería. El corazón, demasiado sensible, del poeta se prendó de aquella mujer, a la que, según declaraba en una carta, "quería más que a todos los gatos del mundo". Matilde, como Josefina Beauharnais, la esposa de Napoleón, era una terrible despilfarradora. Con Matilde tuvo la generosidad de creerse dichoso, aunque ella no fué nunca sino una cabecita loca, una muñeca frívola, que no se tomaba la dulce incomodidad de comprenderle. Podrían referirse mil anécdotas tristemente pintorescas de las desavenencias conyugales a que daban ocasión sus temperamentos antagónicos. "Todos los días riñó con ella — dice en carta de Septiembre de 1481 —. Sin embargo, su corazón es noble y puro". Y en otra ocasión añadía: "El matrimonio es una lucha. No importa que la mujer le enseñe los dientes al marido, si estos dientes son blancos; ni que llore, si las lágrimas la hermosean; ni que dé pataditas en el suelo, si tiene los pies menudos y lindos..."

GANESE Vd. UNA LIBRA ESTERLINA



Semanalmente nuestros fotógrafos recorrerán la ciudad, y tomarán varias instantáneas de transeuntes de espalda las que publicaremos en estas columnas. Las personas que crean reconocerse entre las publicadas en esta página deberán presentarse a la administración de CRITICA, y la primera que llegue, y que efectivamente se haya reconocido recibirá la libra esterlina.

COMO LLEGUE A SER GARROCHERO

Especial para CRITICA MAGAZINE

por J. HAEBERLI

CUANDO empecé a debutar en los deportes bien lejo estaba de creer, que algún día iba a especializarme en el salto a la garrocha. Esto en el año 1920 cuando esta prueba muy poco era conocida entre los aficionados argentinos.

Por intermedio de mi consocio del Club de Gimnasia y Esgrima el conocido sportsman y gran garrochero de los años 1910-13, Gordon Bennett Dukes; me encapriché con esta prueba. Reconozco que él necesitó todos los argumentos como para convencerme, pues ya me había puesto en antecedentes, que por lo menos habría que calcular unos 6 o 7 años de trabajo intenso y inteligente para llegar a ser un verdadero garrochero.

Sin embargo pronto me puse a trabajar con mi "coach" y al año pude conseguir ser campeón argentino con 3.30 mts. título que tenía Bastian con 3.10 mts. Creo que mis proporciones me ayudaban muchísimo, pues livianо, ágil y secundado de un par de brazos sólidos, que conseguí, haciendo aparatos y mucha gimnasia rítmica. Pero con todo eso, recuerdo los primeros tiempos por lo rudo y difíciles que me parecieron. Gordon Dukes no me descuidaba un día, y me tocaba a cumplir una serie de preparativos de estilo y de unos 20 saltos a la vez. Muchas veces no tenía fuerza de desvestirme de acostarme por más de ya estar acostumbrado a este rudo trabajo. Yo en aquel tiempo había ocupado un cuarto en el Club en Palermo y junto con mi "coach" pasábamos temporadas de 3 a 4 meses seguidos.

La temporada subsiguiente el año 1922 ya pude clasificarme recordman sudamericano con la discreta altura de 3.40 mts. El record sudamericano pertenecía entonces al Uruguay con Berutti (3.34 mts.). Encantado del progreso obtenido yo pedía únicamente en progresar más y haciendo otro año de entrenamiento aún más severo, conseguí una notable mejora de 30 centímetros, pues en el torneo organizado por el Club Pedestre La Plata el 17 de diciembre de 1923 traspuse la varilla a 3.70 mts. El próximo año 1924 otra vez mejoré por 2 centímetros mi record para quedar sin embargo algún tiempo sin poder notar progresos. Hacía todo lo posible en mejorar mi estilo ya que entonces había quedado sin entrenador, pues Dukes se había ausentado por dos años al exterior. Mientras tanto llegó recomendado a mí de Europa un hombrecito petizo y sencillo que según recomendaciones traídas: tenía que ser un buen entrenador y especialista en masages. Se llama Janne Koivistoinen (Finlandés). De pronto lo hice ocupar el puesto de entrenador para nuestro Club dando buenísimos resultados. Por intermedio de su ciencia para la aplicación de estilo y en llegar a obtener un cuerpo desarrollado con armonía y elasticidad pude mejorar mi propio record por dos veces. Siendo eso en mi visita a Santiago de Chile donde salté los 3.835 mts. y en los últimos campeonatos nacionales con un salto de 3.85 mts. por más que todo era dispuesto para que fracasase.

Los 4 metros ansiados son alcanzados—

Mis esfuerzos intelectuales y físicos fueron recompensados: durante mi último entrenamiento para los campeonatos nacionales alcancé mi mejor salto, siendo de 4.02 mts. Pero necesitaba hacerlos oficialmente, siendo en los campeonatos nacionales, fechados para el 12 de octubre de 1926. Soñaba de noche con el estilo que necesitaba como para repetir aquel salto. Ya estábamos a tres días de la fecha cuando se publicó en los diarios la postergación de un mes el campeonato nacional. Yo me encontraba en lo mejor y un mes de training más me parecía peligroso.

Efectivamente a una semana de los campeonatos obtuve una caída severa ocasionándome un "lumbago". Me presenté sin embargo en los campeonatos, encontrándome con muchos inconvenientes, ocasionados por la negligencia de parte de la F. A. A. Haciendo fuerza y ante todo demostrando un espíritu de verdadero deportista, me puse en terminar el pozo de saltos, para después de 2 horas de trabajo en el sol de noviembre y enfermo como me encontraba, producir un nuevo record sudamericano saltando 3.85 mts. Mis ilusiones de 4 metros fueron en vano y tendré que esperar otra temporada para que se realice mi deseo.

Poco a poco me estoy curando del lumbago sufrido en la última temporada y tengo intención de entrenarme seriamente, con el fin de llegar en plenitud para los próximos campeonatos sudamericanos en Chile. Estoy convencido en conseguirlo y escrupulosamente me abstengo de todo exceso y de cuidar mi excelente estado físico.

El secreta del éxito en mis saltos—

Muchos son de los cuales quedaron sorprendidos del progreso en mis alturas; pues aquéllos están más adelantados que yo mismo. Nunca quedé estupefacto, habiendo siempre podido estimar con anticipación de lo que era capaz de conseguir en mis tentativas. Unicamente por la sencilla razón de que sigo un régimen severísimo y principalmente sistemático. La experiencia en esta materia de pruebas de atletismo nos enseñó, que para saber correr, saltar, tirar y empujar, se necesita un desarrollo armonioso de todo el cuerpo. Velocidad, fuerza y resistencia para correr, como así un buen estilo en los saltos, se consigue únicamente por la ayuda y acción de todo el cuerpo. No se corre ni se salta únicamente con los pies, sino también con la cintura, espalda y brazos. Lo mismo para los lanzamientos. Piernas, cintura y espalda ejecutan con anticipación su intervención enérgica, antes que los brazos terminan el movimiento del tiro. Estilo al correr, y una perfecta técnica en los saltos y lanzamientos, son consecuencias de un rendimiento total del perfecto equilibrio del cuerpo en su acción.

Por esta razón el cuerpo humano es un organismo que, por sus formas, tanto como su funcionamiento interior, da un rendimiento máximo, recién al armonizar todo junto. La obtención de un "máximum" en una prueba, son las consecuencias de un rendimiento armonioso de todo el cuerpo y no de algunas partes, como brazos o piernas únicamente. Pero a más de todo estos detalles importantes, siempre presté mucha atención con lo de mejorar el estilo, pues el salto a la garrocha tanto como la carrera de las vallas son pruebas que más exigen técnica. También manifiesto que es casi imposible llegar en ser sobresaliente (internacional) si uno no está cuidado por un entrenador competente y experto, pues uno mismo jamás notará los defectos al ejecutar la prueba. Sin embargo no vayan a imaginarse que con la ayuda de un entrenador, el éxito debe de sonreirle segurísimo. Hay casos, que por más de disfrutar de los mejores consejos y ayuda de un entrenador, uno no alcanza los resultados esperados. El éxito depende únicamente de la dosis de energías y coraje que es capaz de desarrollar el atleta, tanto en el entrenamiento aburrido como las competiciones. Y les aseguro confidencialmente que el entrenamiento del garrochero no es nada divertido!

En el próximo número explicaré la aplicación del estilo y entrenamiento.



MADAME VIGIE LEBRUN o EL AGRADO

Por CRISTOBAL DE CASTRO

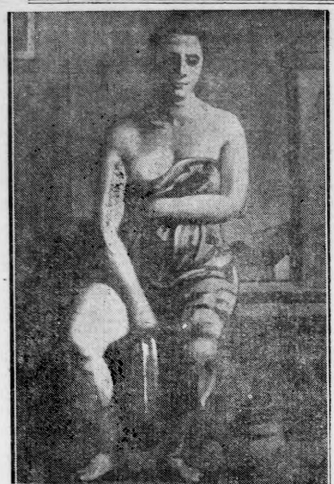
MADAME Vigié Lebrun es el solo pincel femenino con categoría genial. Sus lienzos —el autorretrato, con su hija; los retratos de María Antonieta y su familia, de lady Hamilton, de madame Recamier — se han divulgado en las revistas y postales, al lado de los grandes maestros. Su nombre, junto a los de Greuze y Vernet, personifica la pintura agradable, algo más honda que correcta, algo menos solemne que conmovida. Y en la colección de sus retratos —damas y caballeros franceses, ingleses, alemanes, italianos, austriacos, rusos— está la flor de Europa, desde Julia Polignac a "Corina" y desde miss Pitt a la condesa Potoska.

Por eso sus "Memorias" —tan prolijas que abarcan tres volúmenes— tienen tanto interés al menos, como sus lienzos. Fué la bella pintora, hija del pintor retratista, una aleación de energía y gracia. Desde los doce años, al quedar huérfana de padre, hubo de ganarse la vida, pues su madre, casada en segundas nupcias con un joyero riquísimo, abandonóla egoístamente. Entonces, afrontando la vida, cuando era todavía una muchacha, comenzó a retratar a sus amigos y vecinos, logrando tal renombre, que bien pronto fué llamada a Versalles para pintar a María Antonieta.

Sabida es su graciosa intimidad con la reina, a la que retrató más de veinte veces, en todos los trajes y actitudes, y cuyos favores mereció al punto de cantar juntas los dúos pueriles de Gretry. Pero el favor real, lejos de envanecerla y apartarla de sus amigos artistas, fué incentivo para buscarlos y retener los, abriéndoles, ya esposa del anticuario Lebrun, su casa, entre tertulia bohemia y salón mundano, y retratándolos a todos; poetas, filósofos, actores, músicos, pintores, periodistas, filólogos, botánicos. Así, favorita en la corte y predilecta en los cafés bohemios las damas rivalizan en ser retratadas por la amiga de María Antonieta y los artistas en exaltarla y galantearla, bien que ella se mantuvo siempre en risueña, mas inquebrantable, honestidad.

Acreciendo su fama, fué nombrada académica en la de Pintura, retratando por entonces a los indios que el Sultán Tipo Said envió para solicitar de Luis XVI alianza contra Inglaterra. A partir de este instante, abandona Francia, iniciando su época de pintora aristocrática y cosmopolita, por cuyo estudio desfila, en cada corte europea, la selección de cada país. En Nápoles, la reina Carolina y lady Hamilton; en Potsdam, la reina Luisa y madame Hermann; en Londres, miss Pitt y lady Bristol; en San Petersburgo, la zarina María y la condesa Natalia Potoska, dan tono y rango a estos museos repentinos que el pincel de madame Vigié Lebrun iba dejando en cada corte.

Pero su obra maestra, probable síntesis de su alma delicada y de su vida sin amor, es el autorretrato donde tiene en brazos a su hijita. Allí la ternura maternal rima con las melancolías de la mujer. Abandonada por su madre, abraza estrechamente a su hija, como temblando al pensar en tal monstruosidad humana. Incomprendida de su esposo, sonríe, fatalista y resignada, a su Tebaida de amor. Pocas veces como ésta habrá traducido el pincel, en sus temblores, lo trémulo de un alma que, al mismo tiempo, arde y sonríe. El contraste entre la despreocupación infantil —emprestada a su maestro Greuze— de la hija, y la preocupación maternal, directa, auténtica, llevada al lienzo sin intermediarios ni intérpretes, asegura a esta obra de madame Vigié Lebrun las dos categorías —emoción y estilo— que sellan las obras del genio.



"Báñate", uno de los cuadros de Piero Marussig

PIERO MARUSSIG

El pintor de sensible y potente personalidad es un hombre sombrío y poco comunicativo; un trabajador incansable y posee una vastísima cultura artística y literaria.

Esp. para CRITICA por Emilio Pettoruti



"La señora con su perrito", otra obra de Marussig

PIERO Marussig, nació en Trieste, bajo el imperio de Francisco José, en el año 1879.

—Hijo de una de las más viejas y ricas familias, de la hoy ciudad italiana, no tuvo nunca que preocuparse por la vida material, dedicándose de lleno, con amor y entusiasmo, al arte de la pintura.

—Su vida no ofrece páginas biográficas brillantes; es un hombres sombrío, poco comunicativo, un incansable trabajador y de una vastísima cultura artística y literaria.

—Estudió en Viena, Munich, Berlín, Roma y París, en estas dos últimas ciudades es de donde ha sacado más provecho para su delicado y culto espíritu.

—En Roma estudió a los clásicos y muy especialmente a Rafael de quien copió varias de sus obras; en París, atraído por el movimiento impresionista, lo vemos cambiar, pero sin hacer pintura impresionista, lo que por otra parte ,no hubiese podido hacer, por ser su natural inclinación a "cerrar la línea".

—Lo vemos, en cambio, cambiar totalmente, cuando conoce y estudia las obras de Van Gog y de Cezanne, sobre todo las del ilustre francés, lo que hace que Marussig ensanche su visión impresionista-académica.

—Es entonces cuando el artista después de haber estudiado todas las nuevas corrientes y visitado los museos y galerías privadas de casi toda Europa, siente la necesidad de abandonar las grandes metrópolis para retirarse y vivir tranquilamente al contacto con la naturaleza y poder así, controlar y justificar los medios usados por los grandes maestros.

—Es entonces cuando el artista vuelve a su ciudad natal y se encierra en su señoril villa durante diez largos años, en las cuales no hace otra cosa que leer y pintar, y en la calma de tan delicioso retiro, el porvenir artístico de Marussig se indentifica idealmente con la evolución de su sensibilidad y afinamiento de sus facultades receptivas frente a los aspectos de las cosas, y, paralelamente a este proceso evolutivo de sus sensaciones, vemos como se desarrolla su técnica.

—El estudio constante de la naturaleza le hace comprender que en pintura la sensación no reside en el color local, (nacionalismo) ni tampoco en el dibujo rendido más o menos fielmente, pero sí, de la justa posición de los tonos, de la justa relación entre los valores y los contrastantes volúmenes: de la armonía de la naturaleza.

—Al comienzo de su carrera, Piero Marussig, fué un perfecto académico, académico en el buen sentido de la palabra!

—En su segunda época deja de lado el academismo y su visión pletórica evoluciona con el conocimiento y enseñanzas del impresionismo, pero solamente cuando conoce a Van Gog y a Cezanne, es cuando el artista entre en una nueva fase de su vida artística, la que luego debía conducirlo directamente a encontrar y ampliar su personalidad — e influenciado muy directamente por estos dos fuertes temperamentos, realiza, durante sus diez años de encierro obras de mucha importancia, pero de una importancia solamente de su punto de vista y no con relación al momento.

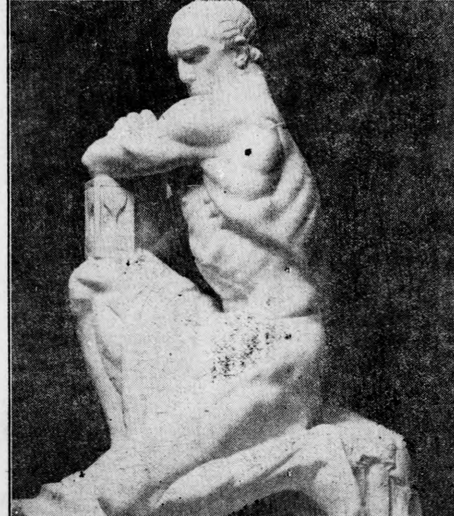
—En el año 1919, Marussig, deja Trieste y se va a Milán donde hace su primera exposición, después de la gran guerra, con un marcadísimo éxito, motivando grandes artículos.

—En Milán ,el artista encuentra su personalidad, aquella misma personalidad que dejaba entreverse en sus obras juveniles, que luego fué pérdiéndola a medida que iba sufriendo las influencias de las diversas escuelas de las que ahora no queda más que lo asimilado para fortalecer su ya fuerte temperamento.

—Todas las experiencias realizadas y acumuladas durante diez años de heroico encierro voluntario, las vemos ahora, en plena madurez de su vida y de su arte, en la práctica, en las obras ejecutadas en los últimos años con un resultado de bellos y profundos valores; es ahora donde se ha definido en toda su sensible y potente personalidad.

—Actualmente Piero Marussig forma parte del grupo de pintores milaneses "Il Novecento".

OBRAS PREMIADAS EN EL SALON DE 1926



"El Kharma" se titula esta obra del escultor Troiano Troiani, que obtuvo el premio para extranjeros del Salón del año 1926. El escultor busca lo monumental dentro de un ritmo de elíneas sujetas al kanon de la escultura clásica. Si bien el arte actual busca en la arquitectura, en los principios de ella, elementos fundamentales para su desarrollo, para Troiani lo monumental depende directamente del espacio

EL HUMORISMO EN TODO EL MUNDO



EL (a la joven tartamuda). —¿Le han besado a usted alguna vez, Adelita?
ELLA.—Sí... por... porque... nun... nunca... he po... podido... de... decir... que... que no... a tiem... tiempo.
(De "Virginia Reel").



—¿Qué te parece mi cabeza?
—Demasiado afeminada.
(De "Le Rire", de París).



El caballero que acaba de vender el suyo
(De "The Humorist", de Londres).



—¡Ya lo decía yo! ¡El abuelito se ha ido al cielo, y se ha dejado aquí las gafas!
(De "Tele Méle", de París).



—El hombre con quien yo me case tiene que ser hermoso, inteligente, distinguido...
—¡No siga, Amparito, que me va a matar la alegría!
(De "Le Matín", de París)



—Sí: mi marido me trae todos los días al Museo.
—¿Y qué estudia?
—Economía.
(De "London Opinion").



EL.—¿Tú crees que podrás vivir con ochocientos chelines al mes?
ELLA.—Oh sí; pero... ¿qué vas a hacer tú?
(De "Gaiety", de Londres).



EL CIEGO (a su hijo).—¿Pero eres ciego, que no ves esos diez céntimos que hay a tus pies?
(De "Le Rire", de París).













Lo que se vería si la ópera se aplicara a la vida diaria



—¿Cuánto hace un kilo y un kilo?
—Un kilo ochocientos gramos
(De "Ruy Blas", de París)



—El mismo día de la boda salimos por la noche en automóvil en viaje de novios.
—¿Y dónde han pasado la luna de miel?
—En el hospital.
(De "París Midi")

"EL QUE JUEGA POR NECESIDAD PIERDE POR OBLIGACION"

LA EXTRAORDINARIA HISTORIA DE MISTER HENDERSON

¡Hagan juego, señores! Y al zumbido de abejorro, producido por la bola al ser arrojada en la pendiente del cilindro, las manos se crispan trémulas sobre las fichas y avanzan engarfiadas de ambición. — Luego del imperativo: "¡no va más!", sobre el campo de aquellas almas cruzan, con paso de felino, 8 o 10 segundos cargados de emoción.

por JULIO D. RODRIGUEZ

¡Hagan juego, señores!...—

LAS siete y veinticinco. En la sala de ruleta la sesión vespertina toca a su fin.

—¡Tres últimas!...
—¡Tres últimas!...
—¡Tres últimas!... —anuncian los "croupiers" de mesa en mesa, a manera de prevención a los actores de aquella primera jornada de la tragedia diaria.

Y luego, las mismas voces, pero ejecutivas:

—¡Primera!...
—¡Primera!...
—¡Primera!... — seguida del zumbido de abejorro producido por la bola al ser arrojada en la pendiente del cilindro.

Cien, doscientas manos trémulas, se crispan sobre las fichas como otras tantas garras, y avanzan ávidas, escarbando al azar sobre el paño numerado.

Ahora, el cabriolar de la bolilla entre los dientes del cilindro, multiplica las ansias.

Las cien manos se cruzan, se chocan, en aquella búsqueda febril.

—¡No va más!...

Cual sorprendidas por un estampido en pleno festín macabro, se levantan a un tiempo aquellas garras todavía engarfiadas por el frenesí.

Sobre el campo de aquellas almas cruzan con pasos de felinos ocho o diez segundos cargados de emoción.

—¡Cero!

La voz del "cropuier" al anunciar este número imita el seco y amenazador restallar del látigo.

Al ser arrastradas por la palas voraces, las fichas semejan colegiales en asueto, precipitándose unas sobre otras entre un cascabeleo de risas.

Un punto extraordinario—

Míster Henderson, el héroe de la semana, entrega un montoón de fichas para su conversión al solicito "groom" que le sale al paso, se dirige hacia la mesa en que tiene su copa, y apura un trago de "whisky".

Furtivas, envidiosas, francas, asombradas, o curiosas, siguen sus pasos las miradas de toda la concurrencia.

La suerte de aquel hombre es desconcertante. Su esplendidez en la distribución de propinas, ya resulta agresiva.

—¿Para qué juega si ha de repartir luego sus ganancias entre los empleados, los mozos, los porteros, y, lo más chocante, entre la legión de mujeres de vida equívoca que lo rodean insinuantes apenas entra a la sala, sin que él exteriorice sus preferencias por alguna jamás?

Esto es lo que todo el mundo se pregunta sin acertar nadie con la respuesta.

—¡Bah!... excentricidades de inglés.

Desde su llegada, hacía una semana, ganaba incesantemente, y también naturalmente, puesto que nadie le vió sorprenderse de su ininterrumpida buena racha.

—¿Tendría alguna misteriosa martingala?...

Siempre con su sonrisa bonachona, guardó sin contar el fajo de billetes que le presentara el "groom", acarició paternalmente la mejilla del niño, a tiempo que deslizaba en sus manos, discretamente, la fuerte propina, y salió del salón.

Cortó el murmullo de comentarios la voz del "croupier" anunciando:

—¡Tercera y última!...
—¡Tercera y última!...
—¡Tercera y última!...

Poco después, "míster" Henderson, correctamente vestido de "smoking", aparecía en la terraza del Hotel Casino.

Como su salida de la sala de juego, su aparición en la terraza produjo un revuelo, de comentarios de todo género.

Pareció no advertirlos a pesar de su ostensible indiscreción, porque se arrellenó traquilamente en una de las butacas de mimbre y comenzó a llenar su pipa, perdida la suave mirada infantil en las cambiantes lejanías crepusculares.

Rodeando una mesa vecina, un grupo de niñas y jóvenes esgrimió el chiste a su costa.

A poco, uno de los jóvenes, quizás obligado por la curiosidad femenina, preguntó:

—¿Qué tal la jornada, míster? ¿Muy fructífera?

—Oh, no; hoy no muy buena, eh; caramba; apenas, apenas, cinco mil quinientos líquidos.

—Lo que quiere decir que entre propinas y demás... habrán pasado de los diez mil...

—Quién sabe... puede ser... yo creo que no...

—¿Gusta acompañarnos, míster?—La invitación era graciosamente formulada por una dama. Míster Henderson agradeció con una reverencia y una sonrisa, y acercó su butaca a la mesa. La femenil curiosidad trajo, sin más preámbulos, la conversación al terreno propicio:

—¿Sabe que es el héreo del día, míster?

—Es posible, señorita... Como en todas, en esta.. comedia de la ambición... es natural que haya un héroe cómico... y mientras estemos representándola, roguemos por que no aparezca el otro protagonista obligado... el trágico... el que remata la infaltable parte dramática con un balazo... Su papel es bastante menos simpático que el mío... ¿no le parece a usted?...

—Hay quien atribuye su extraordinaria suerte al empleo de métodos o martingalas—dijo alguien tratando de disipar el embarazo producido por el agudo conceptista.

—Hombre... si... no se equivocan Justamente... a una martingala debo mis éxitos financieros...

Instintivamente, todo su auditorio aproximó las butacas a la mesa. La ansiedad de las miradas denunciaba la general expectativa, por lo que míster Henderson prosiguió:

—Es muy sencilla... ¿Desean ustedes conocerla?

Principio quieren las cosas...—

—Permítanme ustedes que antes haga un poco de historia, que considero indispensable. El método al cual debo mi desahogada posición económica, me fué revelado hace unos veinticinco años. La mitad de lo que llevo vivido. Por aquel entonces recién llegaba yo a América nombrado gerente administrador de una fuerte casa consignataria de Manchester. Mi sueldo y mis ocupaciones me permitían todos los veranos un mes de vacaciones que yo, como buen inglés, trataba de disfrutar a orillas del mar. Oh, por aquella época no había tantos ni tan confortables hoteles balnearios como hay ahora. Hecho a los refinamientos y sensualismos de las grandes capitales, y disponiendo de suficiente dinero para pagarlo, es natural que buscase el que mayores comodidades ofrecía. En ese balneario había, como en éste, un casino en el que funcionaban varias salas de juego. Confiado en la fortaleza de mi carácter y otro poco por curiosidad o por hastío, empecé a frecuentar la sala de ruletas. Aquel espectáculo, hasta entonces desconocido para mí, me resultaba francamente interesante. Para justificar mi presencia en aquel campo experimental, resolví crear un pequeño rubro destinado al juego. Mil quinientos pesos, que, a cincuenta pesos por día, me proporcionarían en el peor de los casos, un mes de distracción y de fecundas y aleccionadoras observaciones. Aquella cantidad no comprometía en lo más mínimo mis intereses ni mi reputación. Pero ni un centavo más fuera del rubro. Entre alternativas de gana-pierde transcurrió la primera semana. Es verdad que yo estaba muy lejos de arriesgar utilidades cuanto más capital. Al cabo de este tiempo, un día, no recuerdo bien si por efectos de un whisky con menos soda que de costumbre, yo salí del casino con cerca de cuatro mil pesos de ganancia.

He observado posteriormente que el jugador ganancioso pocas veces atribuye su buena suerte al azar y muchas a su prudencia, a su serenidad, a cierta táctica evidentemente exitosa. Eso me sucedió a mí. Y como la suerte me siguió acompañando, empecé a mirar a los perdedores con aire de compasión y superioridad. ¡Pobres gentes! Pero... ¿qué hacerles? Indudablemente la serenidad generadora de mis certeras corazonadas o golpes de vista, obedecía a razones étnicas. Unicamente la flema inglesa era capaz de sustraerse a la vorágine. ¡Pobres gentes!...

Un sabio matemático—

En el casino de mi historia también existían algunos ejemplares que, naturalmente, eran el blanco de las burlas de los escépticos. En particular una pareja misteriosa, a quienes nadie vió apostar un peso durante el mes que llevaban concurriendo puntualmente a las sesiones, desde la primera bola. El era un sujeto miope, de tez pálida, con una de esas abundantes y ensortijadas cabelleras negras en las que parece que nunca hubiese entrado un peine; invariablemente enfundado en un levita negro-verdosa. En lo demás, muy mesurado y correcto.

Ella, una de esas insignificantes mujercitas de ojos llenos de asombro, que siempre pegadas al marido, parecen querer diluírse en él, y que sólo levantaba la vista de su cartón de apuntes para fijarla toda admiración y respeto, en su, al parecer, glorioso compañero. Mil bromas circulaban a propósito de la extraña pareja, y como ellos no parecían dispuestos a enfadarse por nada, más de uno llegó a la majadería.

A los veinte días, el desconcierto producido por la pérdida, no ya de las ganancias, sino de más de seis mil pesos de mi capital, me hacía olvidar todo aquello de las razones étnicas y de la flema inglesa, para lanzarme a la funesta reconquista de la suma comprometida. Mis tribulaciones hicieron que menudeara, no ya en broma, sino muy en serio, mis preguntas a aquella especie de oráculo, y siempre con idéntico resultado. No siempre aventuraba su opinión, pero cada vez que lo hacía era en forma rotunda.

—Apueste usted a mayores. Apueste a nones. No falló una vez. Empezaba a sugestionarme, aunque a la verdad, nada hiciera por lograrlo: se concretaba a contestar mis preguntas sin casi apartar la vista de su cartón y la atención de las jugadas sucesivas. Días después mis péridas se elevaban a doce mil pesos. El plazo de mis vacaciones expiraba. Una noche en que nada me hacía conciliar el sueño, tomé de sobre un mesa del vestíbulo un montón de diarios y revistas y me los llevé a mi pieza. Desdoblé, al azar, uno cualquiera: era uno de los diarios de la localidad. Lo que primero atrajo la atención de mi atribulado y fatigado espíritu, fué un llamativo aviso en negrita, inserto en cuadro en el centro de la primera página. El aviso decía:

Un aviso providencial--

"Socio capitalista se necesita para explotar un infalible sistema de juego a la ruleta. Se hacen previas experiencias de seguridad". "Hotel X, pieza 36".

Fastidiado arrojé el diario a un rincón y tomé otro. En vano pretendía leer. No conseguía leer un solo párrafo en mi imaginación. El recuerdo de la pérdida, llenándome de amargura y también de vergüenza, me enloquecía. A los duros reproches que me prodigaba por mi flaqueza de carácter se mezclaban las mil jugadas y combinaciones acaecidas en la ruleta; las diversas incidencias, entre las que aparecía frecuentemente el recuerdo de la pareja misteriosa y sus oportunas indicaciones que yo, cobarde, no sabía aprovechar, despreciando la casual oportunidad del desquite.

Desde el rincón en que lo arrojara, el diarito aquel parecía ofrecerme tentador el cuadrito con el aviso del martingalero. Y sin quererlo, por repetidas veces volví de mis abstracciones encontrándome con la vista clavada en el cuadrito del aviso. Apagué la luz, Eludiendo su encuentro. Recurso inútil, el hombre de la levita, aquel miope que con la nariz pegada a sus cartones me indicaba golpes certeros de exactitud matemática; la pérdida que lesionaba no sólo mi bolsa, sino mi dignidad y mi orgullo; el cuadrito con el aviso, como un canto de esperanza: todo, conspiraba en favor de mi destino futuro, como verán.

Al otro día, a la hora indicada en el aviso, me encontraba frente a la pieza 36 del hotel X.

La presencia de la mujer del miope en el umbral de la puerta, no pudo sosprenderme: francamente, lo esperaba.

Mi intuición me decía desde un principio que no podía ser otro que el miope, el hombre del aviso.

Hasta me alegré de ratificarlo. Ellos en cambio se mostraron sorprendidos y hasta recelosos.

—Permítame que le diga que no es usted mi candidato, señor —dijo el hombre.— Nosotros ya nos conocemos. ¿A qué perder tiempo en vanas explicaciones cuando sé de antemano que usted no cree en estas cosas?

Debí poner mucha vehemencia en mis protestas de sinceridad, porque el miope luego de consultar a su mujer con la mirada, se decidió a tratar el asunto.

—Ante todo, es menester que usted sepa con quién está hablando. Y esto diciendo me alargó una tarjeta en la que leí:

'Carlos de Stefano, ingeniero civil". Luego, medité y aquilaté el valor de esta sentencia firmada por el hombre que llenó un siglo con su genio. Y me alargó una revista de papel verde, al pie de cuyo encabezamiento ostentaba esta leyenda: "El cálculo vencerá al juego.—Napoleón".

—Desde luego, no pretenderá usted que yo lo imponga de un secreto de tal trascendencia, sin previa garantía... Por lo demás, repetidas experiencias creo le habrán demostrado la eficacia de mi método... ¿Cómo negarlo? Tampoco quiero que, en caso de resolverse a acompañarme en la aventura con su capital, lo haga usted sin previas demostraciones a entera satisfacción. No se trata, como comprenderá, de quebrar la banca en una noche, sino de obtener un porcentaje seguro de un tres mil por ciento sobre el capital empleado: lo que significa que a las pocas sesiones se empieza a operar con las ganancias y así indefinidamente, siempre. Yo carezco de capital, y si vendo mi secreto es al sólo objeto de proporcionármelo. No cuento para nada lo que llevo gastado en mis cinco años de estudios ininterrumpidos.

La martingala salvadora—

No fueron necesarias muchas experiencias para convencerme. Las obtenidas sobre el terreno, unidas a la sinceridad y honestidad que emanaban de las palabras del sabio ingeniero, hicieron el resto. El capital necesario para cubrir posibles progresiones era de veinte mil pesos. Yo no los tenía, pero tratándose de pocos días podía disponer de la caja de la casa que representaba, y así lo hice, combinando con el ingeniero lo siguiente: durante las primeras diez sesiones yo tendría en mi poder el dinero, que le entregaría al comienzo de cada sesión; después, como los dos tendríamos capital, cada cual jugaría para sí. Entretanto él me entregaría la fórmula escrita, encerrada en un sobre lacrado, que yo me comprometía a mostrarle diariamente para asegurar de que no lo había violado. Creí de mi deber retribuir delicadeza con delicadeza, tal vez con el oculto deseo de no aparecer ante el público del Casino en aparcerías con un hombre de quien todos, incluso yo, se burlaban y le rogué que aceptase el dinero que, en último caso, yo retiraría de su poder en el hotel una vez terminada la sesión nocturna. No sin demostrar gran contrariedad aceptó al fin. Quedamos en encontrarnos a las diez de la noche en la sala de ruletas.

A las once y media mi cabeza parecía estallar. El sabio ingeniero que ya empezaba á ser el maldito miope, no llegaba. A las doce no pude resistir más y me fuí al hotel X donde se me dijo que el señor ingeniero y su esposa se habían ausentado poco después del mediodía.

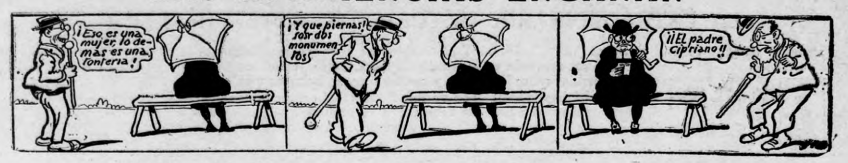
Mis manos convulsas rasgaron el sobre guardador del secreto. No quiero pensar en lo ridículo que estaría en ese momento A la luz de un farol de la rambla pude leer: "El cálculo vencerá al juego. Napoleón". "¿No piensa usted lo mismo? Por mi parte habrá observado que llevo más de un mes calculando sin apostar un centavo. Usted ha sido el resultado obtenido en mis cálculos. Estudie siempre el aforismo del Petit Caporal y verá que el cálculo vencerá al funesto vicio del juego. Espero que no nos volvamos a ver en ninguna sala de juego." — S.

Ya en la puerta de la comisaría reflexioné sobre lo ridículo y hasta perjudicial de mi denuncia. Confesé valientemente mi culpa a mis superiores y juré por mi honor redimirme por el trabajo, y pagar.

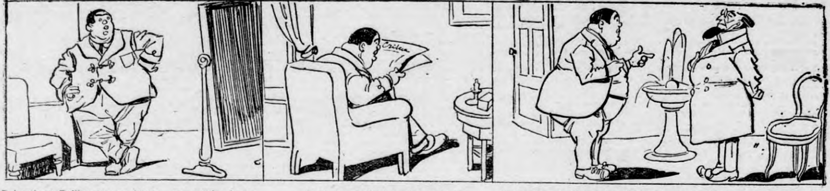
Hoy, dueño de una bonita fortuna debida al esfuerzo y sobre todo al cálculo y la reflexión, recorro en la época propicia los balnearios con la esperanza de encontrar a mi bienechor en alguno de ellos. De vez en cuando solicito permiso para visitar algún penal...

Poco después míster Henderson quedaba solo arrellenado en su butaca y envuelto en las espirales de humo de su pipa.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN



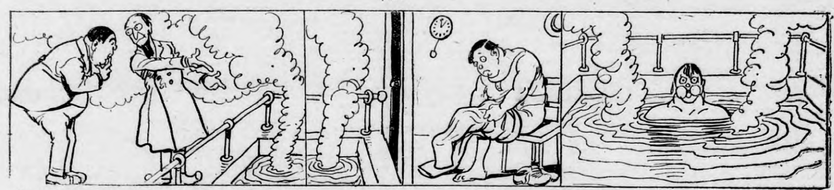
¡NO MAS GORDOS! — Por ROJAS



Robustiano Rollizo era un joven que estaba demasiado gordo.

Leyendo un diario se informó que el Dr. Salutari hacía adelgazar, por un procedimiento hidroterápico

Robustiano Rollizo, sin pérdida de tiempo fué a ver al Dr. Salutari con quien celebró una consulta



¿Usted vé estos baños calientes? —le dijo el Dr. Salutari a Robustiano Rollizo. Estos son los que hacen adelgazar

Robustiano dispuesto a quedarse como una espina de bacalao, aceptó las condiciones del Dr. Salutari, y pasó a una habitación para desvestirse

No bien se había metido el amigo Robustiano



Cuando entró en la pieza en que se había desnudado, un criado el cual se llevó la ropa

Que puso en manos de unas bellas costureras, quienes se dedicaron de inmediato a descoser las prendas

Puesto otra vez en su sitio el terno por el mismo criado que lo sacó



Volviendo a coser, no sin haber ensanchado previamente todas las costuras

Robustiano Rollizo se vistió, comprobando, por lo amplia que le quedaba ahora la ropa, el maravilloso resultado del Doctor Salutari, para adelgazar